

## «Libro a la gorra»

Este es un «libro a la gorra». Yo imprimo y facilito los ejemplares, con el deseo de que circulen entre los lectores.

El libro es un vehículo para mi obra. Si te gusta, podés apoyarla con una contribución voluntaria. Este sistema me permite publicar sin depender de la burocrática e incierta industria editorial.

Hay varias formas de realizar un pago:

- **Efectivo.**
- **Banco:** el alias es *jmguerrera1*
- **Paypal/Tarjeta:** [paypal.me/jmguerrera](https://www.paypal.me/jmguerrera)
- **Mercado Pago:** [jmguerrera@gmail.com](mailto:jmguerrera@gmail.com) o mediante el código QR que puede encontrarse en mi sitio web.
- **Binance:** jmguerrera o mediante el código QR que puede encontrarse en mi sitio web.

Si tenés otras ideas, contactame. Gracias :)

# Rimas para afrontar un rechazo

Juan Manuel Guerrero

Primera edición

*No es personal.  
El que se enoja, pierde.*

# Introducción

Es octubre de 2024.

Este libro consta de nueve relatos breves.

Un flamante artista multifacético, malvado pero inofensivo, descubre que sus márgenes de acción se amplían gracias al surgimiento masivo de la inteligencia artificial. Un clásico progre lomo plateado se indigna con la asunción de un nuevo gobierno contrario a sus ideas, pero sobre todo ante la novedad de tener que marcar tarjeta en su trabajo. Francesco Di Natale, argentino con la totalidad de su sangre italiana, se enfrenta a la frialdad de la burocracia anti-inmigratoria italiana. Un escritor ya conocido, Jáuregui, encuentra en la poesía un camino para revitalizar su trabajo, pero también una nueva forma de afrontar el rechazo.

Estos son algunos de los personajes que pueblan las páginas que siguen y que, a través de sus propias circunstancias, me llevaron a reflexionar sobre variados temas que encontré lo suficientemente valiosos como para armar este libro, imprimirlo y compartirlo con ustedes.

Este es el décimo *libro original* que escribo y publico. Y el quinceavo que publico contando los *libros selección*.

Además de ser “a la gorra”, el libro se publica bajo una licencia muy libre de *Creative Commons*. Esto quiere decir que todo el mundo puede imprimirlo, venderlo y hacer millones con él. De conseguir alguien esto último, agradeceré que me comparta los pormenores de la experiencia.

Cumplida la obligación de unas palabras introductorias, pasemos de una buena vez a los relatos.

# Maldad imperceptible 2.0<sup>1</sup>

Soy un mal tipo, ustedes ya lo saben. Lo he confesado todo en el escrito titulado *La maldad imperceptible*. Mi maldad es inofensiva, sutil y escurridiza, pero maldad a fin de cuentas. Esta aceptación de mí mismo me llena de orgullo, aunque por supuesto no pretendo que ese reconocimiento sea compartido por los demás. Acepto con la frente en alto que el puñado de sagaces que logra descubrirme me desprecie, pero estoy dispuesto a pagar ese precio por conservar un tesoro mucho más sagrado: mi propia autoestima.

Las pasiones nunca cambian, en todo caso se adaptan a las nuevas circunstancias. El siglo XXI ha traído consigo una histórica revolución tecnológica, cuyo desarrollo es tan vertiginoso que ha dejado obsoletas a sus primeras manifestaciones. La llegada masiva de la inteligencia artificial ha relegado la novedad de Internet a ser una normalidad más, comparable a la radio o a la televisión.

Claro está, no voy a detenerme en el fenómeno técnico. Lo que me propongo contarles es cómo esta nueva herramienta, a la que llamaré cariñosamente el Chat, ha venido a ampliar las posibilidades de mi accionar hasta fronteras que yo mismo era incapaz de imaginar poco tiempo atrás.

Los primeros perjudicados de conocerme son siempre mis compañeros de departamento, pues no tienen más remedio que tenerme muy cerca. A todas las maldades que ya les dedicaba sin la necesidad de la tecnología, ahora puedo agregar muchas más. Para comenzar, me sirvo del poder literario del Chat para atormentarlos. Cuando algo se ha roto en la vivienda y pedimos un presupuesto para su reparación, le pido al Chat que transcriba el texto del presupuesto de la manera más técnica e intrincada posible, para que ellos no puedan comprenderlo. Solo yo conozco el texto original, así que me ofrezco como facilitador e interpreto el críptico texto de los presupuestos. Con ese accionar en apariencia bondadoso, o por lo menos útil, recupero parte del crédito que luego debo consumir cuando les ocupo el baño o les robo la comida subrepticamente. Idéntico accionar ejecuto con la correspondencia digital que llega al departamento, desde las misivas

publicitarias de los servicios públicos hasta las notificaciones de la administración.

El recurso es tan rico que mis compañeros son solo el primer eslabón de un mundo de posibilidades. ¿Por qué no traducir también las respuestas en sentido contrario? Para dirigirme a la administración del edificio, por ejemplo, le pido al Chat que no solo use la terminología más rebuscada posible, sino que también lo haga en términos legales. Y envío cualquier tipo de reclamo, por más minúsculo que sea, en forma de carta documento. La administración, sumamente preocupada, busca contactarme para pedirme que por favor me tranquilice y tengamos una relación más cordial. Mi única respuesta, recurrente, ha sido derivarla a mi abogado. Para tal fin, le proveo una dirección de correo electrónico. Por supuesto, esa dirección también me pertenece. Por ese medio intercambio textos legales con la administración y, en mi rol de abogado de mí mismo, le informo que a pesar de que comprendo su posición, y me parece de lo más razonable, mi cliente insiste en accionar bajo el incendiario lema de “la única administración que ilumina es la que arde”. Mientras presiono el botón “Enviar” me río un buen rato en la habitación. Ese momento lo disfruto particularmente en invierno, cuando estoy bajo el volumen liviano y cálido de mi hermoso acolchado plumón.

El despliegue de mi maldad en el ámbito doméstico me ha llevado a descubrir que ciertos gremios, como los plomeros o los pintores, son inmunes a mis procedimientos. El problema con ellos es que, aunque uno se comporte de la manera más bondadosa posible, igual me terminan ignorando. O no vienen, o dejan de venir, o vienen tarde, sin mayores explicaciones o atisbos de culpa. Imaginen ahora si uno, encima, les complica la vida con mensajes ininteligibles. Podría decirse que tienen una sensibilidad extrema a las complicaciones, comenzado por el estorbo mismo que significa trabajar. A veces pienso que, en un mundo subterráneo que gestionan con brillantez, también son malvados imperceptibles. Casualidad o no, estos mismos gremios son de los menos afectados en lo inmediato por la inteligencia artificial. Es por todo ello que cuentan con mi más sentido respeto.

Gracias a la vida, hay muchos otros campos de acción y, por supuesto, hay cartas documento para todos. Imaginen las infinitas posibilidades. Los profesionales, las empresas, los organismos estatales. La existencia del Chat

me ha cumplido, de manera indirecta, la preciosa fantasía de ser abogado. No exagero al reconocer que es una meta que había soñado desde niño. No me movilizaba el hermoso ideal de la justicia, o la agobiante necesidad de cambiar el mundo, sino el mucho más humilde deseo de inundar al prójimo con cartas documento. Ahora, puedo hacerlo sin necesidad de estudiar, ni de recibirme, ni de esforzarme.

Eso no significa que haya dejado la universidad. Por el contrario, mi motivación ha aumentado hasta niveles sorprendentes hasta para mí mismo. Ahora cuento con un arsenal mucho más poderoso para asediar a los distintos actores de esa graciosa comunidad. Mis compañeros de estudio son los más difíciles de engañar, ya que al ser más jóvenes conocen tanto o más que yo las potencialidades de la revolución en marcha. Eso no representa un impedimento definitivo y logro ingeniármelas para embaucarlos. Solo se trata de usar el capital de mi experiencia en mi favor. Cuando utilizan el Chat para hacer algún trabajo práctico, me permito intervenir en cierta información que ellos desconocen y dan por buena sin chequear, para cambiarla secretamente por información equivocada. Luego de recibir las correcciones del profesor, les reprocho su fe ciega en el Chat, habida cuenta de que este engendro artificial también puede equivocarse. Además, les señalo que hemos tenido suerte de incluir la información equivocada, de modo que la autoría del Chat no quede demasiado en evidencia.

La celada con mis compañeros la utilizo a cuentagotas para no levantar sospechas e intento que sea en instancias definitorias, para que el castigo de los profesores sea ejemplar. El objetivo ideal es que nos desapruében a todos. Ocurre que a diferencia de ellos, a mí no me importa en absoluto recibirme. Como la universidad es pública y libertina, tanto mi desinterés en avanzar como mi propósito de obstaculizar a los demás no tienen ninguna consecuencia sobre mi persona. Por eso, además de mí, florecen otros personajes que, aunque de diferente naturaleza, comparten algunas de mis características. Me refiero a los jóvenes militantes políticos que, si bien por otros motivos, comparten conmigo la capacidad de derrochar con impunidad el erario público. Esa disputa de mi peculiaridad, aunque la ejecuten sin intención, me genera una enorme contrariedad. Por eso los combato con disimulo pero sin piedad en cada uno de los rincones de la universidad. No solo me opongo a sus interrupciones de las clases,

mediante elaborados argumentos políticos y filosóficos que he elaborado con la ayuda del Chat, sino que además los denuncié por escrito en cada una de las instancias administrativas existentes, en este caso con lenguaje claro y contundente. Este estilo incisivo, por supuesto, también lo logro con la ayuda del Chat.

A los profesores también los persigo, pero con cuestionamientos sobre todo epistemológicos. No es muy complicado. Solo debo pedirle al Chat que me provea las preguntas más difíciles posibles, o directamente sin respuesta, sobre cada uno de los temas de la currícula. De hecho, he impreso una especie de manual compuesto exclusivamente por esas preguntas. Las tengo para cada uno de los apartados, de cada una de las unidades, de cada una de las materias en las que me he inscripto. Con este material de estudio me sobra. De manera accesoria, pero no menos productiva, me interiorizo e interiorizo a los demás sobre el estado del conocimiento en las fronteras del saber humano. Por supuesto, me preocupo por balancear esta persecución con reconocimientos personales hacia los profesores. Remarco una y otra vez la calidad de sus clases y de su compromiso social. Lo hago largamente para que no queden dudas de que tengo problemas y para lograr, accesoriamente, la irritación de mis compañeros. Inmediatamente después, me expongo como un pobre hombre atormentado por el agotador peso de la ignorancia y, más grave todavía, por la insoportable carga del vacío existencial. Y finalmente, asumiendo todas las culpas por la falta de comprensión, lanzo las preguntas despiadadas que aún no tienen respuesta conocida en la historia de la humanidad.

De manera complementaria, tengo impreso un listado de libros raros confeccionado con la ayuda del Chat. A ese listado le he agregado algunos libros inexistentes. Con esas fotocopias anilladas llego a la biblioteca de la universidad y saboreo la frustración de los orgullosos bibliotecarios. No debe ser fácil asumir que poseen un catálogo de libros bastante limitado, por no decir pobre y desactualizado. Y esto debe ser particularmente duro para quienes se jactan de servir en una de las universidades más prestigiosas del mundo

A las autoridades universitarias también las asedio con larguísimas cartas que se concentran en demandar respuestas. Algo que me gusta hacer particularmente es imprimirle una voz personalizada según la facultad que se trate. Sí, estoy anotado en varias. Entonces, si mi reclamo escrito se sitúa

en la Facultad de Psicología, le pido al Chat que las escriba con el estilo de Freud, o de Jung, o de quien sea. Para las autoridades de la Facultad de Filosofía, el estilo elegido es el más tortuoso posible, por ejemplo el de Heidegger o el de Nietzsche. Qué martirio. Ahora que lo expreso en voz alta, comprendo que me he inscripto en estas facultades con la sola finalidad de poder hacer esto. Este ejercicio epistolar no implica, de ninguna manera, que no haya también cartas documento de las legales. Ascensores que no funcionan, baños sucios, techos que se caen. Las razones para denunciar nunca faltan en la universidad pública.

En mi empleo como burócrata estatal las oportunidades de reclamar por escrito también abundan y son de una naturaleza parecida a las que puedo desplegar en la universidad. Sin embargo, mi mayor maldad, y hasta diría que la más imperceptible, es de otra naturaleza. Todos sabemos a esta altura que, fuera de los ámbitos de la salud, la educación y la justicia, mi trabajo podría no existir sin mayores consecuencias para la sociedad. Pero asumiendo que, como lo hacen muchos líderes políticos para su propio beneficio, mi labor tiene algún tipo de sentido, entonces es justo señalar que la totalidad de mi trabajo podría (y en realidad, debería) reemplazarse por una inteligencia artificial. Mi accionar malvado ante esta revelación consiste en trabajar para que eso no suceda nunca.

Regresando al ámbito personal, mi psicólogo es una de las personas a quien más disfruto enviar cartas documento. En general, contienen acusaciones sobre su desempeño profesional y prometen “contarlo todo”, aunque el significado de ese “todo” nunca se especifica. También lo amenazo directamente con “llevarlo ante los más altos tribunales para que todo el peso de la ley le sea aplicado”. Días después de enviada la carta, llego a la sesión con absoluta naturalidad, como si nada extraño hubiera sucedido. Con enorme preocupación, el pobre hombre me pide explicaciones. Luego de simular no saber de qué me está hablando, por fin lo recuerdo. “Ah, cierto, te pido mil disculpas Rodolfo, estaba muy bajón ese día y me descargué de esa forma. Te pido que sepas comprender”. Durante la sesión, existen dos caminos a seguir. El primero, proponerle indagar sobre ese comportamiento tan ciclotímico que padezco y que me lleva a intimidarlo judicialmente un día y a olvidarlo por completo el siguiente. “Me resulta muy preocupante, Rodolfo, tenemos que hacer algo”, le digo con enorme seriedad. El segundo camino consiste en ignorar la

cuestión por completo y, en cambio, comentar durante la sesión temas sin ninguna importancia, por lo general muy divertidos para mi persona.

Es casi elemental prever que a Rodolfo también lo atormento con la competencia de mi nuevo terapeuta alternativo: el Chat. La mecánica es obvia. Cada vez que elaboro una idea, digo algo como “lo he estado conversando con el Chat...”, o mejor todavía, “gracias a las consideraciones del Chat, he llegado a comprender...”. La cara de Rodolfo permanece inalterable, pero yo sé que las balas entran. Por otro lado, cuándo él mismo formula una pregunta, reflexión o indicio de sugerencia, pienso por unos segundos y luego contrasto en voz alta sus palabras con los supuestos comentarios que me ha hecho el Chat sobre el tema. Cada una de las veces, concluyo que el Chat tiene razón.

La dinámica con el resto de los profesionales de la salud es la misma. Si bien los médicos ya se encuentran bastante habituados a los comentarios de “pero según Google, esto no es así...”, es innegable que la novedosa amenaza del Chat los altera mucho más, ya que la herramienta no solo provee información puntual sobre cada tema, sino que permite construir interminables árboles de escenarios. Es realmente hermoso quemarle la cabeza a un médico.

Otro grupo bastante alterado por las potencialidades del Chat —creo que mi favorito— son los autodenominados artistas, a quienes para simplificar llamaré artistas de ahora en más. No es difícil advertir que si una máquina tiene el potencial de reemplazar a estos personajes, entonces el trabajo supuestamente artístico que hacían era de una fragilidad estremecedora. La ya sabida endeblez emocional (y psíquica, y económica, y social) de estos individuos se constituye en una espectacular grieta en la cual puedo hundir mi cuchara excavadora. Imaginen todas las inteligencias artificiales existentes y por venir. Hay que estar muy seguro de sí mismo —y, en resumen, ser un verdadero artista— para seguir teniendo ganas de generar cualquier tipo de arte.

He optado, sin embargo, por un camino un poco más largo que el de solo machacar sobre el corazón expuesto de estos pobres diablos. ¿Piedad? En absoluto. Se trata en verdad de un accionar todavía más ultrajante. Me he convertido, por propia determinación, en lo que denomino un artista multifacético. Ya no solo escribo, sino que me he expandido a otras ramas del arte. La particularidad de mi caso es que la totalidad de mi trabajo es

generado por la inteligencia artificial. Pocas cosas molestan más a los artistas. Y al molestarse, se exponen. Entonces yo puedo preguntarles, de una manera u otra, lo siguiente: ¿Acaso no estamos ambos robando el título de artista?

Que mi trabajo sea generado de esa forma no lo menciono directamente. Solo presento las creaciones como propias y dejo que las personas elijan su propio camino. Las elecciones devienen en dos grandes grupos: aquellos a quienes les importa si yo produzco mi arte y aquellos a quienes no. Los verdaderos artistas se encuentran siempre en el segundo grupo.

Cuando soy interrogado sobre los pormenores de mis creaciones, termino por admitir el trabajo realizado por el Chat. Lo llamo mi “inteligente asistente personal”. Pocas personas se atreven a llamarme farsante de frente. Cuando lo hacen, es el punto máximo de mi placer. Si no, solo los veo enrojecer de impotencia hasta que no lo soportan más y se retiran.

Si bien como artista multifacético he explorado múltiples ramas del arte, los mejores resultados —con esto me refiero a mi placer personal— los he conseguido en la rama del arte plástico. Así es, me he convertido en un pintor exitoso. No se debe esta elección a una particular inclinación por esta rama del arte, ni a un sueño frustrado, ni a una particular admiración por los grandes pintores de la historia. La razón verdadera es mucho más elemental: deseo con todo mi ser agraviar a mis orgullosos vecinos pintores.

El hecho más destacado de mi flamante carrera como pintor ha sido, sin dudas, organizar mi propia muestra artística en una reconocida galería de arte del centro de la ciudad. El dueño de la misma no tiene problemas filosóficos sobre mis métodos creativos mientras haya dinero sobre la mesa. Y esta muestra la he organizado específicamente para poder invitar a mis vecinos pintores, quienes se dedican a la pintura desde hace más de veinte años. La tirria en esos ojos no la olvidaré jamás.

Cuando alguna persona, sea vecina o no, cuestiona mis procedimientos, yo contesto siempre más o menos lo mismo. “El arte, el verdadero arte, se hace para uno mismo. Para conocerse mejor, para ir en busca de las propias profundidades. Uno mismo es el público fundamental y uno mismo es, a fin de cuentas, quién debe aprobar sus propios métodos y resultados. Y yo claro que los apruebo, dado que me producen un hermoso

sentimiento de realización. Compartir ese arte con los demás, llegado el caso, es un mero acto secundario, casi solidario diría, por medio del cual uno pone a disposición de los demás aquello que, tal vez, le ha proporcionado a uno mismo alguna clase de valor”.

Con esa autoridad, con esa soltura, me he acostumbrado a desparramar conceptos sobre el arte. Esas ideas, y tantas otras, las asevero con el ceño fruncido y con el tono de voz apasionado. No es raro que las personas se emocionen y me feliciten por la hondura de mis reflexiones. Yo, honesto a fin de cuentas, niego ser merecedor de tal crédito. Después de todo, solo soy un medio para grandes ríos de verdad que bajan desde alguna fuente misteriosa e inasible. El Chat.

En esa línea de comportamiento también se fue amoldando, como un zapato nuevo al pie, mi única y verdadera capacidad artística: la escritura. Seducido por la comodidad y la inmediatez que me provee el Chat, he ido abandonando paulatinamente la confección manual de mis escritos para derivar la tortuosa tarea de sentarme frente a la hoja en blanco en la gélida eficiencia de mi inteligente asistente personal. Es así cómo, desde hace un tiempo ya, la totalidad de mis escritos son un producto del poder de cómputo.

Mis lectores, como la humanidad toda, tienen solo dos caminos posibles a seguir. Pueden sentirse estafados y con eso hacerme inmensamente dichoso. O pueden vivir en la ignorancia, en la apacible comodidad de la resignación, y con ello tener cierta remota posibilidad de ser felices.

# Viene brava la mano

A Zaldívar se lo nota incómodo cuando lo encontramos, de casualidad, bajando a la playa con una reposera en la mano. También lleva un equipo de mate, al parecer de muy buena calidad, colgando de una bandolera cruzada. Y desde allí se asoman un termo y unos bizcochos de grasa. “Preocupado, viene brava la mano”, responde cuando le preguntamos cómo está. “Estos hijos de puta están haciendo mierda todo”, amplía el argumento. No lo explicita, pero hace clara alusión al nuevo gobierno de la República de Mosquera, en funciones desde hace tres semanas.

Son los primeros días de enero, hace mucho calor. Si bien en diciembre hubo una merma en la cantidad de turistas, ahora la playa explota de gente. Como siempre. “Lo pensé mil veces antes de venir, pero al final agarré el auto y acá estoy. No voy a permitir que nadie, y mucho menos estos malnacidos, me priven de un merecido descanso. Si me quieren echar, me van a echar igual”, especula. Zaldívar se asume destinatario directo de la prédica anti-estatista del nuevo gobierno. “Además, para resistir hay que estar con las pilas bien cargadas”, se permite una especie de efímera humorada.

Sobre las marchas de protesta que tienen lugar en el centro de la Capital, a unos cuatrocientos kilómetros de la playa, su posición es muy clara. “Son fundamentales”, nos dice. “Si bien ahora no puedo estar, de ningún modo hay que aflojar. No hay que dejarlos que se acomoden, hay que condicionarlos desde el primer minuto. Si todo sale bien, en febrero ya estaré de regreso y podré sumarme a cada una de las movilizaciones que se convoquen. No veo la hora. Sin dudas, habrá muchísimas, ya que estas políticas saquedoras no pueden llevar a otro sitio que no sea la conflictividad social”, vislumbra Zaldívar su versión del futuro mientras reposa la mirada en el prolijo tren de olas que rompe en dos hileras bien marcadas. El viento es amable y el mar ha tomado un inusual color azulado. “Hay que coparles la calle hasta que se vayan”, redondea su concepto de solución.

La inflación pega fuerte en todo el país y la Costa no es la excepción. “Los precios están desbocados. Hasta hace un mes yo podía pagar las cuentas, pero ya no”, señala Zaldívar. Le preguntamos cuánto pagó por su hospedaje costero. “No, por suerte la casa es de la familia. Si no, hubiera sido impensado venir. Una locura el valor de los alquileres”, nos contesta con un dejo de bronca.

Zaldívar nos cuenta que la familia dispone de la casa en la Costa durante el mes de enero y que ya en febrero la pone en alquiler. Intuyendo que podría existir una oportunidad, le consultamos si el precio es bueno. “Tiene un precio normal, de mercado, no queda otra que acompañar la inflación general, si no se hace imposible pagar las cuentas y el mantenimiento. Es una locura como sube todo. Y allá en la Capital, ni te cuento. Agarrate cuando volvamos”, advierte espantado.

Le preguntamos a Zaldívar si en la Capital tiene que alquilar. “No. Por suerte, mi esposa trabaja en el Banco Nacional y allí, como corresponde, los empleados pueden acceder a créditos hipotecarios. Es una vergüenza que nadie más pueda acceder a este tipo de créditos. Así que, bueno, hace ya un año que lo estamos pagando. Estamos muy contentos. Imaginate si tuviéramos que alquilar, qué locura”, meneaba la cabeza en ostensible gesto de desaprobación. “Salerno”, responde cuando lo consultamos sobre el barrio de su flamante propiedad. El barrio más caro de la Capital.

La conversación se va agotando con naturalidad y retoman fuerza los planes de aprovechar el sol de la tarde. El cielo está despejado y el viento sigue moderado, algo por demás inusual en la Costa. Por otro lado, nos gustaría un poco de intimidad para lo que resta del día y lo más probable es que Zaldívar quiera lo mismo, así que la despedida es también muy sencilla.

Los días que siguen no volvemos a hablar con Zaldívar, aunque lo vemos ir y venir por la playa. Tiene un paso cansino. A veces, fuma. En la playa se queda varias horas y parece dormirse mientras se asolea. Resulta francamente difícil adivinar que por dentro lo carcome una enorme preocupación. Tan misteriosa es la naturaleza humana.

El segundo encuentro con Zaldívar también es casual y sucede en febrero. Ya no estamos en la Costa mosqueriana, sino en el coqueto subbarrio de Salerno Sensible, también conocido como Salerno Freud debido a

la elevada cantidad de terapeutas afincados en la zona. Tiene edificios de categoría y una gran cantidad de árboles. Visitando sus calles, sin contexto, cualquiera creería que Mosquera es un país rico y que sus habitantes no tienen problemas. Que son felices.

Son las diez y media de la mañana, es un día de semana. El cielo está muy celeste, aunque el sol pleno solo podemos adivinarlo ya que lo tapan los edificios. Por suerte, una brisa fresca sopla desde el sur desde temprano. Es un día de verano precioso.

El diálogo con Zaldívar se da en una de las tantas bonitas cafeterías que pueblan la zona. En esta ocasión, se trata de una cadena en crecimiento que promete el mejor café del país, además de ofrecer instalaciones modernas y confortables. Nuestro inminente interlocutor está sentado, al parecer muy tranquilo, con un pocillo de café en la mano. Hojea un diario de línea progresista, pero sin concentrarse demasiado. Alterna su atención entre las páginas del matutino y el gran ventanal que da al día soleado. No está lejos de la puerta de entrada, así que es esperable que crucemos miradas cuando entramos al café.

Nos acercamos. Lo saludamos con cordialidad y lo consultamos sobre su estadía en la Costa. “Muy bien, muy agradable, la verdad es que no me puedo quejar, aunque debo admitir que no me pude desconectar del todo. Buena parte de mi cabeza estaba acá”, arquea las cejas, encoge los labios y señala los alrededores. Le preguntamos a qué se refiere. “Y, está muy fulera la cosa... en cualquier momento me quedo sin laburo. Están echando gente a lo loco, a varios de mis colegas ya los limpiaron. Imaginate todas esas familias, de repente, sin un ingreso asegurado. Una verdadera tragedia”, describe con dramatismo.

Mostramos interés en su situación laboral, así que Zaldívar nos amplía el estado de situación. “Para comenzar, no solo reinstalaron el sistema de control de entrada, sino que también lo hacen con la salida, una medida absolutamente represiva. ¿A vos te parece? ¿Qué clase de clima se construye desde este tipo de prácticas empresariales? ¿Qué es el Estado, una multinacional? ¿Ese es el elemento humano que buscamos cimentar para dar un servicio a la comunidad? Han convertido un lugar ameno, solidario, en una verdadera cárcel”, se pregunta y se contesta con indignación, mientras desvía la mirada hacia la arboleda de la esquina que se sacude con suavidad. “Es algo repulsivo, remite a las épocas más

siniestras de nuestro país”, vuelve a comentar y vuelve a quedarse pensativo. Lo miramos sin contestar. Quizás lo interpreta como una desaprobación, porque comienza a elaborar una especie de descargo. “Es cierto, es cierto que en algún que otro caso ha habido abusos. Por ejemplo, en algunos episodios muy puntuales, los compañeros no se han presentado al reanudarse los controles de entrada. No es una hipótesis descabellada, sujeta a comprobación por supuesto, que hace tiempo que no asistían a trabajar y cobraban igual. Para ser honesto, no sabemos ni quiénes son. Eso no está bien, no está bien. No solo por el hecho en sí mismo, sino porque daña la reputación de quiénes sí realizamos tareas. Aportan al ya instalado e injusto estereotipo del funcionario público. Es por gente así que, en momentos difíciles como este, la opinión pública nos da la espalda. Y ni hablemos de los medios”, termina de decir y hace el gesto de cerrar la boca.

Sigue. “Solo por ese motivo me encuentran acá. En un rato termino con algunos temitas personales y salgo para el centro a *marcar tarjeta*”, subraya esto último como para dejar constancia de la injusticia. “El martes hay un paro universitario, el jueves uno de transporte y el viernes uno general. No sé dónde va a terminar esto, la gente ya no aguanta más”, evalúa.

Indagamos en si piensa sumarse a esas protestas. “Desde ya que voy a tratar de sumarme. No estoy seguro todavía, ya que es posible que el miércoles a la noche deba irme a la Costa. Lamentablemente, la casa tiene varios problemas y alguien tiene que hacerse cargo. Y por supuesto, nadie de la familia puede. Así que acá está el gil, disponible, para ocuparse de todo”, sintetiza Zaldívar el panorama con un dejo de orgullo.

Para descomprimir la conversación, le preguntamos a Zaldívar qué tal está su galleta de chocolate. “Muy buena, es una *cookie de algarroba*, la mejor de la zona, recomiendo”, levanta el último trozo de galleta que le queda y aprueba con una sonrisa. Acto seguido, se lo come, sorbe del pocillo y vuelve a mirar el ventanal. Nosotros lo contemplamos. “Bueno, me voy a ir yendo porque se me hace tarde. Alguien tiene que sacar el país adelante”, bromea. Se para, nos saluda con afecto y se retira con extrema lentitud, mientras revisa su teléfono. Es evidente que no quiere irse. Son las once de la mañana.

El tercer y último encuentro con Zaldívar se da en la Clínica Rotamendi, ubicada en el privilegiado barrio de Zabaleta. La institución es famosa porque algunos presidentes mosquerianos suelen atenderse en sus instalaciones. Nosotros venimos a visitar al tío Edmundo. Por desgracia, hace tiempo que el tío anda mal de los riñones y de manera recurrente tiene que ser internado de urgencia. Al menos, cuenta con un buen pasar que le permite atenderse en sanatorios de alta calidad como este.

Cuando entramos y nos adentramos en la clínica, vemos que Zaldívar está en la sala de espera. Lo saludamos desde lejos y seguimos nuestro camino hacia la recepción. Una mujer nos recibe con amabilidad, nos indica el procedimiento de atención y nos envía de regreso a la sala. Allí es donde entablamos diálogo.

Según nos comenta, Zaldívar anda con un fuerte dolor de cervicales. Mientras nos cuenta los pormenores de su molestia, se palpa las secciones de la columna vertebral a las que puede llegar. Son pocas, no queda claro si debido al dolor o a la falta de ejercicio elongatorio. Cuando termina de esbozar su propio diagnóstico, pasa a lamentar el haber tenido que ausentarse del trabajo para estar allí. “Justo ahora que estamos en la cuerda floja”, señala.

Su comentario nos retrotrae a los encuentros anteriores. Si había dudas, ya no las hay. Zaldívar padece una seria obsesión, visualizable en forma de triángulo, cuyos vértices son 1) cualquier acontecimiento de su vida, 2) la coyuntura política del país y 3) cómo eso impacta en su situación laboral. Sin tener plena conciencia todavía de este comportamiento, elegimos el camino de la cortesía y le pedimos que nos cuente más sobre esto último.

“Muy jodida, muy jodida”, repite Zaldívar con extrema preocupación. El desarrollo de su explicación escala desde acontecimientos regulares de público conocimiento hacia conceptos fuertes como “caza de brujas”, “terror” y “épocas oscuras que vuelven”. Sitúa los tiempos actuales a la altura de acontecimientos brutales del pasado mosqueriano, plagados de horror y muerte, ubicados varias décadas atrás en el tiempo. El relato se extiende, como también se extiende la espera en el hospital, pero más tarde que temprano termina por agotarse. Sin embargo, está claro que Zaldívar está excitado y desea seguir conversando. Si no es sobre el contexto político y sus desafíos laborales, entonces que sea sobre cualquier cosa.

“Al menos en la Capital uno tiene buenos hospitales al alcance de la mano”, Zaldívar reflexiona y mira los techos recién pintados del Rotamendi. Le pregunto por qué lo menciona. “Teniéndolos tan a mano, uno no se da cuenta. Pero cuando uno vive lejos de la gran ciudad, estas facilidades adquieren otras dimensiones. Yo mismo lo viví no hace tanto. Apenas arrancó la cuarentena, me fui a la Costa haciendo uso de mi calidad de copropietario. En un comienzo, con la idea de pasar las dos semanas iniciales, pero a medida que el cierre se fue extendiendo, me planteé seriamente la posibilidad de la mudanza definitiva. Y de hecho, así lo hice”, afirma con orgullo. Con genuino interés, le pedimos más detalles sobre esa nueva vida.

“Hermosa. Desde lo laboral, el desafío organizativo fue tan grande para las autoridades que durante los primeros tiempos no tuve tareas asignadas. Deben haber sido dos años. Así fue cómo, además de seguir con extrema atención la evolución de los acontecimientos, llegué a tener mucho tiempo disponible. Excepto las primeras semanas de confinamiento duro, pude entonces dedicarme a dos pasiones que siempre había postergado. La pesca y la cocina. Como pueden imaginarse, las dos van de la mano. Yo creía que el tiempo de profundizar en ellas había pasado y solo las practicaba esporádicamente, pero la vida siempre da revancha”, Zaldívar nos guiña un ojo.

“Apenas comenzado el tercer año de la pandemia, los nuevos protocolos ya habían sido diseñados en su totalidad y estaban dando sus primeros frutos. Eso significó para mí el regreso a la acción. Por supuesto, como los nuevos tiempos exigían, de manera remota. Esos primeros meses de teletrabajo fluyeron con ciertas idas y vueltas, como una natural transición entre la falta de tareas y la nueva normalidad. No fue fácil reconfigurar mis rutinas ya establecidas de pesca y cocina, pero no tuve alternativa. Comenzado el cuarto año, nuevas autoridades se hicieron cargo del Ministerio e impulsaron el regreso a la presencialidad. Insólito. En pleno siglo XXI, ¿a quién se le puede ocurrir?”, Zaldívar se indigna al formular la pregunta.

“En fin, con los compañeros de nuestro sector conformamos una comisión interna e iniciamos un plan de lucha por nuestro derecho adquirido a la no presencialidad. Luego de una serie de contrapuntos legales, pero sobre todo políticos, logramos un acuerdo con las autoridades

para implementar un esquema mixto, de modo que la transición no fuera tan acelerada. Como pueden imaginarse, con mi vida establecida en la Costa, eso no me beneficiaba, pero sí a la mayoría de mis compañeros. Ante esa disyuntiva, pude comprender que ese momento histórico me exigía grandeza. Así que acepté sumarme a ese consenso y, con ello, renunciar a esa nueva vida que, no sin esfuerzo, había construido. No tuve más remedio que volver a diseñar mi estilo de vida”, Zaldívar agacha la cabeza y, como perdido, mira hacia el piso.

Por fin, vuelve en sí. “Algunos compañeros, que también habían rehecho sus vidas en el Interior, tomaron la decisión de no regresar. Para conseguirlo, dieron la batalla de mil formas, pero la estrategia más utilizada fue considerarse despedidos y exigir una jugosa indemnización. La máxima aspiración era repetir la maniobra que se había diseñado durante el anteúltimo gobierno, también hambreador, cuando muchos compañeros se fueron muy bien indemnizados. Luego, al regresar un gobierno razonable, fueron reincorporados bajo condición de devolver la indemnización. En efecto, aceptaron el trato y fueron recontratados, pero la indemnización nunca la devolvieron. Negocio redondo. En fin, cosas que pasan”, dice Zaldívar con gesto de no encontrar otra forma de resolver la cuestión.

Le preguntamos por qué no hizo lo mismo, entonces o ahora. “No me gusta la maniobra, es de final demasiado incierto. Ya no estoy para este tipo de pleitos judiciales”, justifica Zaldívar. Luego, retoma su propia historia.

“Los primeros meses de regreso en la Capital fueron durísimos. Arrancado del mar y de mis pasiones, como un pez salvaje, entré en una zona sombría de mí mismo que hasta entonces desconocía. Sentía un horrible peso de mil toneladas sobre mi cuerpo. No sé si entré de lleno en una depresión, pero sin dudas navegué por sus bordes con gran peligro. Mi esposa no podía verme así. A pesar de mi resistencia, se encargó de ponerme en las manos de un profesional. Su hermano, médico psiquiatra y también servidor público. Luego de verme en ese estado calamitoso, no dudó un segundo en extenderme una licencia psiquiátrica por seis meses. Imaginen. Durante esas primeras semanas yo ni siquiera tenía la motivación de levantarme a trabajar. Así fue como, de común acuerdo con mi esposa y mi psiquiatra, emprendí el regreso a la Costa en busca del equilibrio perdido. Y vaya que lo encontré. Había quedado allí, entre la arena y las olas”, Zaldívar parece emocionarse al evocar esos días del regreso.

Zaldívar se toma unos instantes más, pero reacciona. “Durante esos seis meses en la Costa, pude hacer mi duelo. Esa fue la clave. Me habían arrancado de mi hábitat de un día para otro, sin anestesia, sin una real posibilidad de procesarlo. En cambio, gracias a este tratamiento profesional, había tenido seis meses para digerir las circunstancias que el destino había preparado para mí.”

“Cumplidos los seis meses y ya de regreso en la Capital, al menos pude negociar y conseguir que mis días de teletrabajo fueran viernes y lunes, de modo que todavía conservaba la posibilidad de ir a la Costa a trabajar remotamente y combinarlo con el fin de semana. Pero la realidad es que una vez que uno regresa a la Capital es muy difícil sostener esa dinámica. Esta ciudad es como un agujero negro. Te absorbe y, como una adicción, te deja atrapado, quizás para siempre”, Zaldívar abre mucho los ojos y nos mira con fijación.

“Esos primeros meses en la Capital fueron duros, no lo niego, pero ahora solo puedo verlos con enorme nostalgia. Como nos sucede tantas veces, yo vivía en el paraíso y no lo sabía. No lo valoraba. Desde que asumió este nuevo gobierno de forajidos, la debacle para nosotros y para todos los trabajadores es total. Somos víctimas de un acoso infernal. Presencialidad, control de horarios, descuento por ausentismo, revisión de adicionales. Una verdadera locura”, nos mira aterrado Zaldívar.

Zaldívar se dispone a continuar con la denuncia de los males que está padeciendo, pero una voz lejana lo llama por el apellido. “Me toca”, dice con resignación. Nos saluda con afecto, agarra sus cosas y sale a paso firme en dirección de un médico que lo espera en la puerta de un consultorio. No volvemos a saber de él hasta un par de semanas después.

“Che, ¿ese no es Zaldívar?”, me pregunta. Yo me acerco a la pantalla y confirmo que sí, es él. “A ver, subí el volumen”, le digo. Zaldívar habla con solvencia sobre sus nuevas responsabilidades y agradece la confianza del Intendente. Repasa los desafíos que le esperan por delante y, entre ellos, destaca “la irrenunciable responsabilidad de contribuir a ponerle un freno a las políticas antipopulares y entreguistas del Gobierno Nacional”. El zócalo descriptivo no deja lugar a dudas. Fernando Zaldívar es el flamante Secretario de Trabajo de la Municipalidad de La Bonanza, uno de los más grandes y pobres de la República de Mosquera.



# Ingrati

*“Algún día, que quizá nunca llegue, te pediré que hagas algo por mí.”*

*Don Corleone, en diálogo con Bonasera*

El soñado viaje a Italia de Francesco Di Natale no comenzó bien. Al presentarse junto a su esposa Lidia en el mostrador de la aerolínea para despachar el equipaje, un joven con fuerte acento italiano lo interrogó a fondo sin siquiera levantar la mirada del monitor.

La primera parte del interrogatorio fue con respecto al equipaje. El joven no solo hizo las preguntas protocolares de rigor, esas que buscan confirmar si uno no lleva armas o bombas, sino que además pesó cada una de las piezas y le informó que una de las valijas excedía el peso permitido. Francesco no tuvo más remedio que abrir la valija, sacar la pesada campera y ponérsela, ante la mirada impaciente de los pasajeros que aguardaban en la fila de espera. El calor en Ezeiza era insoportable.

El interrogatorio continuó en relación a la documentación. Con el argumento de evitarle problemas en el aeropuerto de Roma, el joven de la aerolínea italiana le exigió no solo el pasaporte y los pasajes, sino también el seguro médico, el itinerario y hasta el detalle del dinero con el que contaba. Francesco accedió a todos los requerimientos sin objeciones, pero también con creciente fastidio.

“Tranquilo, no pasa nada”, buscó tranquilizarse Francesco mientras contemplaba el proceder autómatas del joven de la aerolínea. “Es solamente un pobre pibe, un pelotudito”, argumentó para sí mismo. Lidia contemplaba la silenciosa escena con preocupación.

La documentación de Francesco y su esposa estaba en orden, así que pudieron proceder sin inconvenientes hacia las puertas de embarque. Los controles de migraciones y de seguridad pasaron sin mayores contratiempos. Con la tranquilidad que otorga atravesar esas instancias en tiempo y forma, el matrimonio argentino se dispuso a relajarse en la sala de espera.

Francesco tenía cincuenta y cinco años. Sus padres habían venido de Italia durante la posguerra. “Durante las semanas previas a emigrar, solo tenían un huevo para comer por día, Lidia, un mísero huevo”, le había contado mil veces la historia. Lidia era argentina, de linaje variado, un producto típico del famoso “crisol de razas” argentino.

Cuando el embarque se habilitó, Francesco vio al mismo joven que lo había interrogado aparecer en el mostrador de embarque. Una calurosa ira italiana se le fue despertando en el cuerpo, al punto que tuvo que sacarse la campera y cargarla bajo el brazo. “Lidia, si me dice algo terminamos a las trompadas, así que preparate”, le dijo con voz tensa pero contenida a su esposa. Por suerte para todos, esta vez el joven no presentó reparos.

Al ingresar al avión, la tripulación evidentemente italiana los recibió en idioma inglés. Francesco hablaba muy poco de ese idioma, pero sí un casi digno italiano. Estaba orgulloso de eso y esperaba no solo poder utilizarlo durante el viaje sino también perfeccionarlo. Respondió a la tripulación con un saludo genérico en italiano, pero el piloto y sus asistentes lo ignoraron. En cambio, continuaron saludando sin ganas a los pasajeros que venían detrás. El siguiente intento de utilizar el italiano fue con las azafatas, pero tampoco fue correspondido. Las jóvenes italianas le contestaron directamente en español, abortando de manera prematura los amigables intentos de Francesco.

Las cosas no mejoraron al llegar al aeropuerto de Fiumicino. Bajaron del avión y atravesaron largos pasillos que los condujeron al área de migraciones. Allí vieron los carteles que separaban el mundo en tres áreas muy definidas. En primer lugar, los ciudadanos europeos, quienes podían pasar directamente por los accesos automatizados. En segundo lugar, los ciudadanos de un selecto grupo de países desarrollados (Estados Unidos, Canadá, Australia, Nueva Zelanda, Japón y Corea del Sur), cuyos gobiernos habían alcanzado algún tipo de acuerdo mutuo con las autoridades europeas para facilitar el acceso. Y por último, el resto del mundo. Los pobres.

“Tiene que haber una equivocación”, pensó Francesco. “¿Y por dónde pasamos los ciudadanos de la República Argentina, la Hija Dilecta, el país no italiano más italiano del mundo, la tierra prometida donde millones de italianos habían encontrado refugio, en momentos en que el hambre-soga apretaba los cuellos sin piedad y ni la propia Italia podía darles un hogar?”

Francesco y su esposa permanecieron parados durante unos instantes frente a las filas divergentes. Un joven italiano con pechera amarilla se acercó a asistirlos y les preguntó en inglés por el país de origen. “Argentina”, contestó el matrimonio. “Por aquí, por favor”, señaló el joven la fila del resto del mundo.

Francesco hubiera preferido quedarse ahí, tratando de explicarle al joven que eso no podía ser, que había alguna clase de malentendido. Y que si no lo había, entonces el malentendido era todavía más grande y no habría más remedio que requerir presencias más importantes, como las autoridades del aeropuerto o las del país mismo. Pero el frenético dinamismo del aeropuerto lo empujó a caminar en la dirección que el joven le indicaba, como si el flujo de personas delante y detrás lo arrastraran.

La fila del resto del mundo era lenta e interminable. Iba y venía dentro de un laberinto de postes y sogas, de modo que Francesco podía ver pasar de frente a todos los que tenía delante y detrás. Vio rostros y ropas que consideró extranjeros. Él no creía pertenecer a esa fila. Levantó la cabeza y vio cómo los italianos, con quienes sí se identificaba, pasaban sin detenerse por los puestos automatizados. Del otro lado, vio la fila corta y ágil de los ciudadanos más ricos del mundo. “Pero la puta madre, Lidia, explicame qué hacemos en esta fila. Nosotros somos italianos, dejame de joder. La única diferencia es que tenemos un papel que dice Argentina. Qué hacemos con toda esta gente.”

Cuarenta minutos después, llegaron al mostrador del oficial de migraciones. Francesco estaba de muy mal ánimo, pero hizo un gran esfuerzo por disimularlo y saludó en italiano. El oficial no contestó. Extendió la mano para recibir los pasaportes y, sin mirarlos, los interrogó en inglés. Cuando los miró, fue solo un instante, de compromiso, para comparar las fotos de los pasaportes. El resto de la conversación fue en un tono que bordeaba la prepotencia, con preguntas de todo tipo, en parte parecidas a las del joven del aeropuerto de Ezeiza. Cuando llegaron al tema del dinero, Francesco confirmó que tenían la cantidad reglamentaria para solventar la estadía en Europa. Ante la insistencia del oficial, detalló el monto y especificó que lo portaba en efectivo. “¿En efectivo?”, se sorprendió el oficial. “Así es, en Argentina tenemos muchos problemas económicos y no podemos confiar en las tarjetas de crédito o débito”, explicó Francesco con su esforzado italiano. “Muéstreme el dinero”, ordenó

el oficial en inglés. Francesco lo miró fijo. “¿En serio me vas a hacer sacar la guita acá, delante de todos, la puta madre que te parió? ¿No ves que me llamo Francesco Di Natale y que también soy italiano?”, pensó mientras apretaba los dientes. El oficial permanecía inmutable, sin dejar de mirar la computadora. Luego de unos segundos, con movimientos fastidiosos, Francesco se sacó la camisa del pantalón y se aflojó el cinturón. De abajo del pantalón, extrajo una especie de riñonera que tenía un sobre y de él sacó un fajo de dólares estadounidenses. De mala gana lo tiró arriba del mostrador, como quien paga una costosa apuesta perdida. El oficial miró el fajo unos instantes, sin tocarlo. “Muy bien, puede guardarlo”, le dijo. Mientras Francesco volvía a acomodarse el dinero en el pantalón, el oficial terminó de ingresar la información al sistema. Acto seguido, selló los pasaportes, los depositó sobre la mesada y sin molestarse en saludarlos se dispuso a atender a los viajeros que venían detrás.

La pequeña puerta lateral se abrió automáticamente. Francesco y su esposa la atravesaron caminando y, antes de llegar al *freeshop*, se detuvieron para acomodar los papeles. Francesco hervía de indignación. “Mirá cómo nos tratan estos tipos, Lidia, como a unos pordioseros, como si fuéramos los bárbaros más remotos y miserables del imperio romano. A nosotros, sus primos, que tenemos la misma sangre, que durante el siglo pasado les salvamos las papas del fuego a los muertos de hambre de los abuelos y bisabuelos que tenemos en común. No se puede creer, Lidia, es una absoluta falta de respeto.”

Cargando más la irritación que el equipaje, del aeropuerto se dirigieron al tren que los llevaría al centro de Roma. El viaje no aplacó a Francesco. Por el contrario, trajo a su hijo Adriano a la reflexión. “Al final, Adri tenía razón cuando se quejaba del consulado italiano por el tema de la ciudadanía. Y pensar que yo nunca le creí, que siempre me burlaba de él y le decía que exageraba, que su problema era pertenecer a la generación de cristal. Pero no, claro, el pibe tenía razón, son unos garcas. Lo volvieron loco con los turnos, con los papeles, con los sellos de La Haya y no sé cuántas cosas más. Y se lo hicieron sabiendo que sus primos hermanos ya tenían la ciudadanía. Realmente no se la querían dar. Ahora lo entiendo”, reflexionaba mientras veía pasar la campaña romana a cien kilómetros por hora.

Cuando estaban llegando a Roma Termini, el tren comenzó a bajar la velocidad y le dio tiempo a Francesco de apreciar las inmediaciones. “Mirá lo que es la llegada a la estación, Lidia, una mugre. El pasto crecido, las paredes pintadas, basura en cada rincón, todo hecho pelota. Son unos mugrientos estos, Lidia, mirá, peor que allá. Ni siquiera la entrada a Constitución está tan mal. Y eso que está hecha mierda, como nosotros”.

La relación de Francesco con Italia estaba al borde de la ruptura definitiva. “Canallas”, dijo en voz baja antes de bajar del tren.

Los días en Roma no trajeron reparación al corazón herido de Francesco. “Mirá lo que es esta ciudad, Lidia, está muerta, todo abandonado, con olor a basura por todos lados, dejate de joder”. El Coliseo, el Foro Romano o la Fontana di Trevi no lograron conmoverlo. “Demasiado turístico, Lidia, es una porquería esto, una verdadera prostitución del patrimonio cultural”. Ni siquiera la comida se salvaba. “*Una merda, Lidia, una merda*, mirá lo que es esta pizza chiquita, finita, no tiene nada de queso, pero qué pasa acá, ¿todavía no se acabó la guerra?”. Y ni hablemos de las pastas. “Fideos, Lidia, son fideos, quince euros un plato de fideos. Unos verdaderos ladris. *Ma che pasta alla gricia*, fideos con una miseria de queso y cerdo picado. *Ma che pasta all’amatriciana*, es lo mismo pero con salsa de tomate. *Ma che pasta cacio e pepe*, fideos con pimienta y queso, una penuria. *Ma che pasta alla carbonara*, lo mismo pero con huevo. Es una farsa, Lidia, una ficción montada por los mismos italianos que todos los ingenuos de Europa compran. Pero a nosotros no nos van a meter tan fácil este gato por liebre”. Con respecto al helado, Francesco fue un poco menos descalificatorio. “Helado, Lidia, *ma che vero gelato italiano*. Helado y punto”. “Una medialuna pero recta”, dictaminó lacónico cuando probó los *cornetti*.

Lidia, por su parte, disfrutaba de la libertad de tener antepasados de diferente origen y solo al nivel de sus abuelos. Una de España, otro de Italia, otra de Paraguay y otro criollo. Su identidad no estaba tan dramáticamente enlazada con un solo lugar como la de su esposo, cuyos padres y abuelos eran todos nacidos en Italia. Su actitud frente a la bronca generalizada de Francesco oscilaba entre la contención comprensiva y la sordera fingida. No estaba dispuesta a dejarse arruinar el viaje por las rabietas de su esposo. Y venía sosteniendo esa estrategia con gran éxito.

Nápoles representó un descanso para la conflictiva relación de Francesco con Italia. Allí todos amaban a Maradona, a la Argentina y a los argentinos, pasados, presentes y futuros. Punto. “Así tiene que ser, Lidia, gente agradecida, cariñosa y expresiva. ¡Nápoles es el eslabón perdido entre la *vera Italia* y este engendro con el que nos hemos encontrado desde que salimos de Ezeiza!”, explicaba efusivo Francesco mientras golpeaba el escritorio del cuarto del hotel.

Los napolitanos no solo reaccionaban del modo en que Francesco había estado esperando, sino que hasta parecían buscar a los argentinos. En cualquier esquina, establecían contacto casual, se interesaban por el origen de los visitantes y, al descubrir que la respuesta era Argentina, estallaban en gestos de alegría y se señalaban la piel de gallina mientras hablaban de Maradona.

Es cierto que la emoción napolitana se reducía al caso Maradona. A nadie le importaba la primera ola de inmigrantes, ni la segunda, ni la tercera. Ni el hambre, ni las guerras, ni hacer la América, ni los inmigrantes, ni la Patria Dilecta, ni los primos argentinos, ni las papas sacadas del fuego, ni nada más. Solo Maradona. Francesco era consciente de esta limitación, pero aun así se permitía dejarlo pasar, hacer la vista gorda. Era un hombre golpeado en algo tan sagrado como sus raíces y creía merecer un poco de reposo, aunque fuera uno superficial.

El desinterés italiano por la Argentina no era una cuestión personal. Estaba inscrito en una situación mucho más amplia y general. Así lo interpretaba, o lo quería interpretar, Francesco. “A los italianos no les importa absolutamente nada, excepto la comida. No les importa Europa, ni Argentina, ni mucho menos el resto del mundo. No les importa la historia, ni el pasado, ni los antepasados. No les importa la tecnología, ni el futuro. Solamente les importa la comida, *il cibo*, más específicamente la próxima comida. El origen de la pasta, el origen de los tomates para hacer la salsa y el origen del vino para acompañar. Y las mujeres, en el caso de los hombres. Nada más.”

En esa línea reflexiva, Francesco se esforzaba por interpretar que “a fin de cuentas, cagarse en todo es parte esencial del ser italiano, Lidia”. Él no quería estar enojado con Italia, ni con los italianos. Eran ellos quienes lo habían empujado a ese indeseable lugar. “¿Acaso los argentinos, en la justa proporción de nuestros genes italianos, somos así también? No lo creo,

Lidia, a mí me parece que somos un poco más empáticos, más integradores, más chamuyeros si querés. Yo no te pido que les importemos, pero que nos mientan un poco, que nos endulcen un poco el oído y que hagan un mínimo reconocimiento de cómo les sacamos las papas del fuego el siglo pasado. Dejate de joder”.

La amistad superficial de los napolitanos no significó que Francesco bajara la guardia con respecto a la comida. No iba a ceder esa colina clave con facilidad. “Flojita, Lidia, muy flojita, mirá toda la masa que tiene en el borde”, señaló desaprobatorio cada vez que se sentaron a comer la famosa *pizza napoletana*. Sobre el café, concluyó que “como todo acá, es de proporciones mezquinas”. Además, “se sirve frío y, lo peor de todo, los vasitos del *café latte* no tienen asaderas ni encajan correctamente dentro del hueco del plato”. Una de las mayores concesiones del viaje la hizo con respecto a las *sfogliatelle*. “Esto está muy bien”, dijo solo una vez, mientras asentía con la boca llena.

La llegada a Sicilia significó retomar el camino de agresiones cruzadas entre Francesco y *la bella Italia*. Mitad en broma y mitad en serio, los sicilianos no se consideraban italianos. “A ver si nos dejamos de joder, Lidia, que hablen un dialecto aberrante no significa que no sean italianos. Y en cualquier caso, me importa *un cazzo*. ¿Cuántos sicilianos recibimos, un millón?”.

El primer detonante del nuevo capítulo de desencuentros sucedió apenas dejaron el aeropuerto de Catania y salieron a la ruta a bordo de un micro que los llevaría a la ciudad. Los carteles que daban la bienvenida a los visitantes estaban en inglés, en francés y en alemán. El español brillaba por su ausencia. “Esto no se puede creer, ¿y estos *bachicha* quiénes se creen que son? ¡*Mamma mía, Lidia, mamma mía!*”, repetía Francesco ante cada cartel, lo señalaba y luego cerraba los ojos, juntaba las palmas de las manos a la altura del pecho y las movía arriba-abajo en claro gesto de incompreensión. Idéntica afrenta ocurría en el hotel donde se hospedaban. Los carteles informativos estaban en esos mismos idiomas. “Yo no pretendo que nuestro idioma aparezca con una banderita argentina, como debería ser, pero tiene que estar, Lidia, con una banderita de España si no queda otra”.

La misma desazón experimentaba Francesco cuando pasaban frente al resto de los hoteles y en la fila de banderas flameantes nunca estaba la argentina. Estaban por supuesto la alemana, la inglesa, la estadounidense,

las escandinavas y todas aquellas que representaban el principal flujo de turismo hacia los hoteles sicilianos. “Está la bandera brasileña, Lidia, no se puede creer... esto es humillante”.

La impotencia de Francesco no hizo otra cosa que volver a canalizarse en críticas hacia lo único que podía herir a un italiano, estamos hablando por supuesto de la comida. “Estos caraduras hacen los mismos fideos de mil formas, le ponen un nombre distinto a cada uno y te lo venden como un plato único. Y encima se ofenden si los confundís o decís que son lo mismo”. Sobre el típico vino tinto *Nero d’Avola*, su opinión fue categórica: “vino”. Cuando probó los famosos *cannoli siciliani*, aprobó con la cabeza, pero no regaló ni una sola palabra. No iba a hacerle semejante favor a “estos campesinos”, de ese modo llamaba a los sicilianos.

Con el progreso de los días, las descalificaciones despechadas de Francesco hacia Italia fueron encontrando un punto de equilibrio. El viaje fue llegando a su fin. Francesco voló junto a su esposa desde Sicilia a Fiumicino y ahí mismo se quedaron para emprender el regreso a Buenos Aires. “Por suerte no tenemos que volver a pisar Roma, Lidia, *quella morta che parla*”, celebró. Estaba claramente deseoso de terminar con el viaje y regresar a casa. “Le voy a decir a Adri que no invierta un segundo más en el tema de la ciudadanía. No se pierde de nada, con un mes de vacaciones ya le sobra.”.

Esta vez sin inconvenientes, pasaron por el *check in* de la aerolínea, la seguridad del aeropuerto y migraciones. Nadie les preguntó nada, a nadie le importaba retenerlos. Un único momento volvió a sensibilizar a Francesco. Fue cuando tuvo que ubicarse en la excesiva cola “mundial” para pasar por migraciones. “Estamos en la B, Lidia, estamos en la B...”, dijo pasmanamente con ojos un poco tristes. La debilidad fue fugaz, porque de inmediato frunció el ceño y la fuerza que a veces acompaña a la frustración le volvió a tomar el rostro. “Resto del mundo, las pelotas”, murmuró varias veces mientras permanecía estancado en la fila.

Durante los últimos minutos en suelo italiano, Francesco se mostró particularmente reflexivo, ante la mirada silenciosa de su esposa. Finalmente, emitió una conclusión definitiva: “Ya van a volver estos rufianes, Lidia. Más temprano que tarde, cuando Europa se prenda fuego con los rusos, con los musulmanes o con los alemanes, o con todos juntos. Van a ver. *Ingrati*.”

# Rimas para afrontar un rechazo

Mi nombre es Jáuregui, soy escritor, y desde hace tiempo doy a conocer mis libros en la playa. En un comienzo, mi forma de hacerlo había representado una novedad, al menos para mí y para algunos de mis lectores, pero con los años comencé a sentir que mis innovaciones estaban quedando demasiado atrás en el tiempo. Como alguien atornillado a la comodidad de un trabajo ya aprendido o como un cuerpo que deja de ejercitarse, sentía que mi actividad se iba anquilosando, perdiendo primero la flexibilidad, pero luego también la frescura, el entusiasmo y, por último, el deseo de realizarla.

El problema no se limitaba al conflicto con con la búsqueda, con la experimentación, con la idea fundamental de crear nuevos caminos. Yo además tenía la certeza íntima de que, si había un lugar para mi obra, éste era uno completamente nuevo, lejos de los senderos que de tan transitados tenían huella. Portaba la convicción de que mi destino (yo creía tener uno, y uno marcado a fuego) tenía la apariencia de un continente inexplorado.

También a la hora de afrontar un rechazo en la playa yo me sentía estancado. Ya casi no disfrutaba de dejar los libros en el piso a quienes tenían “las manos mojadas o con protector solar”, en ofrecerles una lupa (especialmente comprada para este fin) a quienes “no habían traído los anteojos” o en regalar los libros directamente, con preocupante desapego, a quienes no tenían “ni un peso”.

Los mecanismos que había diseñado para sobreponerme a la adversidad habían sido valiosos, pero luego de tanto uso habían agotado la posibilidad de proveer sorpresa y, por lo tanto, diversión. ¿Y cuál era el punto de semejante despliegue en la playa si no era para contrarrestar, aunque más no fuera por un par de horas, ese “sentimiento trágico de la vida” que por lo general me asediaba?

Una vez más, se me volvía indispensable el acto de la creación.

Con esa preocupación a cuestas andaba la mayor parte del día, excepto cuando bajaba a la playa a repartir mis libros. Allí, de a momentos, en esa dinámica de presentación casi actoral, lograba fundirme con el

presente y me olvidaba de todo. Inclusive de la muerte, como ya he comentado alguna vez. En ese momento, que podríamos llamar inspirador, me volvía capaz de tomar contacto con la trascendencia y quedaba en inmejorable posición para la concepción de nuevos paradigmas.

Sumido en la distribución de los libros, una mañana me detuve ante una pareja interesada en uno de los tres libros que les había dejado para revisar. Si bien eran *a la gorra*, los simpáticos lectores insistieron en conseguir un precio de referencia que los ayudara a hacer una contribución justa. Sin que yo lo hubiera previsto, brotó de mis labios esta *rima consonante*:

*Si solo un libro se quieren quedar  
Cinco mil pesos me tendrían que dar*

Yo todavía no era consciente de lo que acababa de suceder. No sé si habrá sido simple azar, o si era mi yo profundo tomando por fin las riendas de mi vida, o si una fuerza superior había tomado posesión de mi cuerpo, pero la oferta por los tres libros también salió rimada, en este caso con una *rima asonante*:

*Pero si en cambio quieren los tres  
En diez mil pesos los puedo vender*

El tiempo se detuvo por un instante. Hubo quietud y silencio, como cuando las distracciones (es decir, casi todo) se desvanecen y quedamos, desnudos, frente a una verdad que brilla de tan clara. Los lectores apenas movieron los ojos para mirarse. No sé bien cómo explicarlo, pero diría que me dissocié de mí mismo y mi propio espíritu sobrevoló la escena.

La comprensión cabal llegó por etapas. Aceleradas, eso sí, ya que estaba frente a los lectores que me miraban con sorpresa. “¡Qué buena forma de presentar los precios!”, me dijo la chica. “Llevemos los tres”, confirmó el chico, sin comprender que nada de esta ocurrencia era mi mérito. O al menos así lo creía en ese momento. Yo me limité a esforzarme por acompañar la situación, intentando no quedar expuesto como el primer desconcertado.

Algo, algo misterioso me había enviado la respuesta que tanto había buscado durante las últimas semanas. ¿Había sido mi propio inconsciente quien, trabajando día y noche, había logrado dar con una respuesta? ¿Había sido la siempre esquiva y misteriosa inspiración? ¿O había sido, acaso, alguna de las enigmáticas manifestaciones en las que se nos presenta el Destino?

Durante los días que siguieron, me dediqué a explorar con cautela esta nueva y rimada forma de presentar mis libros. Las primeras aproximaciones fueron bastante tristes. Por ejemplo, mientras una pareja de gesto adusto estudiaba los libros que les había dejado, intenté una *rima aguda* sobre temas adyacentes:

*Qué fuerte que está el sol  
Este clima es un descontrol*

Me sentí miserable. Todo era malo en ese comentario, comenzando porque no creía en nada de lo que estaba diciendo. Es por eso mismo que, aunque correcta, la rima sonaba increíblemente forzada. Ni siquiera había sido consistente en llevar la mentira hasta las últimas consecuencias y, como un muerto que todavía respiraba, había enunciado esas palabras huecas sin ninguna convicción. Urgido por salir de ese lugar, seguí empeorando las cosas con un consejo no solicitado en forma de *rima vocálica*:

*Horario muy complicado, las doce del mediodía  
Si uno termina quemado, es porque no se cuida*

La pareja, diría que con compasión, me ignoró por completo. Volví a sentir una enorme vergüenza. No solo por el rimado formal y pobre, y por las temáticas pueriles que abordaba, sino porque tampoco aportaban nada a la dinámica presentadora de los libros. Ni mucho menos a mi diversión. ¿Acaso era posible buscar la rima poética? ¿O la verdadera poesía solo fluía a partir de condiciones más profundas y fundamentales?

Decidí volver a las fuentes, a aquel momento de la presentación en que sin quererlo me había iluminado. Al opaco pero inevitable momento de

fijar un precio. Me propuse además un mayor vuelo en todo sentido, tanto en la elaboración como en el contenido, sirviéndome de una *rima cruzada*:

*No le temo a la hoja en blanco,  
Ni al inevitable desprecio,  
Si tengo que serles franco,  
Solo temo fijar un precio.*

Ni siquiera para mí, un pragmático, era fácil conciliar las honduras del ser, expresadas en una obra artística, con la mercantil tarea de venderlas a un desconocido. Muchos artistas sentíamos la equivocada necesidad de pedir perdón por cobrar nuestro trabajo. Pero ya liberado de esa atadura mental, entonces sí pude continuar esbozando mi oferta haciendo uso de una *rima abrazada*:

*Pero haciendo grandes esfuerzos  
Y aceptando que el arte es valioso  
E imprimir libros es costoso  
Les diré “cinco mil pesos”*

Estas rimas me pusieron de regreso en el buen camino, las personas volvieron a dar muestras de aceptación. Respiré aliviado. Después de todo, la poesía se dejaba alcanzar si uno la buscaba con buenas intenciones.

Sin embargo, mi interior permanecía insatisfecho. Tenía la inequívoca sensación de que este descubrimiento era demasiado valioso como para limitarlo a la ingeniosa presentación de un precio. Esta joya estaba destinada a la conquista de un océano mucho mayor. Por eso, recordé mi intuición inicial y decidí virar la embarcación de mis inquietudes hacia las sensibles costas del rechazo.

En la playa (y en la vida), el rechazo tenía una amplia variedad de rostros. Sin embargo, había algunos patrones principales. Una de estas situaciones se presentaba cuando, a la hora de declinar mi propuesta, los bañistas aducían tener las manos mojadas o untadas con protector solar. Yo podía aceptar todos los “no”, pero las malas excusas me apasionaban negativamente. Me atrapaban y me impedían abandonar el lugar con facilidad. Por ese motivo es que, con la mejor de mis predisposiciones, les

mostraba los libros y los blandía en el aire, mientras entonaba versos de *rima encadenada*:

*Puedo secarles las manos  
Puedo en el suelo dejarlos  
Puedo más tarde visitarlos  
Puedo aquí mismo esperarlos*

A menudo, los interlocutores resultaban inmunes a la poesía y se rehusaban con más excusas a mis propuestas. Si la circunstancia lo dictaba (por ejemplo, mi mal humor), yo equivocadamente habilitaba una despedida mordaz, como esta con *rima gemela*:

*Pueden las manos faltarte  
Pero también voluntad sobrarte  
Por eso es mejor ser asertivo  
Decir no, es más positivo*

Una situación más atendible se presentaba cuando las personas se excusaban de recibir los libros por no haber llevado sus anteojos a la playa. En ese caso, yo desenvainaba mi lupa, la levantaba al cielo como una espada de Grayskull y lanzaba un rosario de *rimas continuas* para intentar bloquear esa elegante escapatoria:

*Dicen que no hay ciego mayor  
Que aquel que no ve por temor  
Por eso vengo a darles valor  
Con esta lupita del amor*

En ese momento yo bajaba la lupa desde los casi tres metros de mi brazo extendido y la acercaba a los ojos supuestamente deficientes del lector, acompañando la propuesta con una sonrisa alentadora. Si mi víctima se mostraba todavía vacilante, entonces intentaba rematar el empuje con una rima *en cadena*:

*Pero si cometo un error  
Y la lupa es insuficiente  
Déjenme por favor  
Que les lea directamente*

En efecto, si las personas no reaccionaban de alguna forma con rapidez, yo mismo retiraba la lupa, abría uno de los libros y comenzaba a leer alguna de mis parrafadas más logradas. Si estaba en uno de esos días en que nos sentimos poderosos, entonces empezaba a subir el tono de voz y acompañaba mis palabras con gestos cada vez más elocuentes. Si estos movimientos me salían del corazón, entonces lograba captar la atención de las sombrillas vecinas y eso me incentivaba más y más a convertir mi humilde acto de venta en una improvisada escena teatral. Cuando mi actuación espontánea y la atención del público circundante entraban en resonancia, yo simplemente no podía parar hasta terminar lo que estaba leyendo. Al finalizar, a veces, el público esbozaba algunos aplausos. Y después, sí, la venta de libros se disparaba.

Eso no era lo más usual, solo lo más interesante. Luego de esa experiencia, debía volver a mi mundo de picar piedras, una por una, hasta encontrar rimas felices que me ayudaran a abrir el camino de la indiferencia. A medida que avanzaba en esa construcción, crecía en mí la necesidad de ir un poco más lejos. Esa ambición me hacía progresar, claro, aunque también alentaba en mí ese espíritu perfeccionista y competitivo que tantas veces me había destruido. Pero esa es otra historia.

Una última situación de rechazo, tal vez la más esperable, se daba cuando los pobres bañistas no tenían dinero para aceptar mi propuesta, o por lo menos decían no tenerlo. Eso no era un problema. Si algo tenía claro con respecto a mi actividad como escritor, y diría que en toda mi vida, era que alguien interesado en mi escritura no se iba a quedar sin mis libros por una mera cuestión financiera. Esto me abría un enorme campo de acción poética y, por ejemplo, me permitía consolarlos con la inestimable ayuda de algunas *rimas interiores*:

*Se va terminando enero, estamos ya sin dinero  
No preciso ser severo, con tan nobles compañeros*

*No sería un caballero, ni un artista verdadero  
El infortunio es pasajero, me lo pagan en febrero*

El tema estaba lejos de agotarse en una mera facilidad de pago. Por supuesto que obtener algún ingreso por mi libro era conveniente, y sano, pero en términos metafísicos les juro que no podía importarme menos. Por eso, no podía menos que extender el mensaje con estas imperfectas *rimas aliteradas*:

*Pero si, pasado el plazo, no hay plata  
Es poco pretexto para preocuparme  
Pues soy poeta, más que pirata  
¡Prefiero poesía para potenciarme!*

La propuesta era todavía demasiado abstracta. Por eso, para que no quedara ninguna duda de qué era aquello que realmente me importaba, me servía de las más directas *rimas holorímicas*:

*Por eso se los regalo, y conspiro  
Con que ustedes hagan lo propio, y respiro  
De solo imaginarlo, me inspiro  
Y si encima lo leen, ¡suspiro!*

Qué lindos, ¡qué lindos me habían salido estos últimos versos! Dicen que la verdad es bella y en ese momento sentí que era cierto. Tuve la certeza de que me estaba acercando a algo importante, a un aleph del cuál se desprendía un dulce calor. A una verdad. Tanto lo sentía de ese modo que, tal vez inspirado por esa inercia reveladora, dejé que la rama andaluza de mis antepasados se manifestara a través de mí con estas reflexivas *rimas apocapadas*:

*Y es que mucho ante' de to'  
Yo escribo para mí mis'  
Así que sin serieda' me to'  
Aquello que no sea mís'*

Lo místico. Allí, en ese reverso de lo superficial, residía la clave. En las alturas de lo fundamental, nimiedades como el rechazo se desvanecían. Logré visualizarlo como nunca antes. Por un lado, resplandecían las razones ocultas que le daban verdadera fuerza y significado a nuestra existencia. Por el otro, estaba el resto opaco e inanimado, incluido el rechazo. Ya sin lectores frente mí y sin libros entre mis manos, ante la inmensidad del mar abierto, brotaron desde muy adentro estas *rimas dodecasílabas*:

*Las personas son mundos muy misteriosos  
Que, de tan extraños, lucen asombrosos  
Asumir que un rechazo es contra nosotros  
Es volvernors demasiado vanidosos*

*Pero no se trata de aceptar rechazos  
Si no de comprender que al final no existen  
Son nuestras obras las que en verdad resisten  
El despiadado avance de los ocasos*

*He aquí el secreto, mi querido amigo  
Ser leal a uno mismo, al propio destino  
Que los demás digan que no en el camino  
Es indeseable, sí, pero nunca un castigo*

# Estudio ingenieril sobre los ingenieros

*“Un ingeniero mató a un ladrón que intentó robarle el auto. Luego, estacionó y se fue a trabajar.”  
Infobae, 4 de Noviembre de 2022*

Cuando leí la noticia pensé en mi padre. Él también es ingeniero.

Más precisamente, recordé su historia en la pileta del club del barrio. Mi padre iba todo el año, pero aquella temporada de verano mi hermana también se había anotado y solían ir juntos. Era una excelente manera de sobrellevar el calor húmedo de Buenos Aires.

El club era muy concurrido por todo tipo de gente, especialmente durante la tarde. Como en sus épocas doradas, niños, adultos y mayores se congregaban en la pileta del club para refrescarse. Y de paso, para socializar. No era el caso de mi padre, ni el de mi hermana. Recordemos que él es ingeniero y ella escritora. Además, ambos eran buenos nadadores y preferían pasar la tarde haciendo largos de veinticinco metros.

Una tarde, mientras nadaba, mi padre identificó algo en el fondo. La pileta era de competición y, en su parte más honda, era bastante profunda. Se detuvo y ayudado por las antiparras intentó identificar qué era esa silueta oscura que se recortaba sobre la profundidad celeste. Temiendo que se tratara de una persona, se acercó a mi hermana para compartirle su preocupación. Ella, aunque no estaba en servicio, era guardavidas.

—Che, Mer, me parece que hay una persona en el fondo.

Mi hermana, con reflejo profesional, nadó de inmediato hasta el lugar indicado por mi padre y realizó una zambullida vertical. Mi padre quedó arriba, con la cabeza sumergida mirando hacia abajo. Los segundos pasaban y mi hermana no subía. Mi padre solo podía identificar las dos siluetas en el fondo.

Tras unos instantes de tensión, las dos siluetas comenzaron a emerger hacia la superficie con lentitud. De forma progresiva, mi padre pudo identificar a mi hermana. Pateaba con mucha fuerza y sostenía otro cuerpo

inmóvil por las axilas. Al comprender lo que estaba ocurriendo, mi padre comenzó a llamar a los gritos al guardavidas en servicio.

Como lamentablemente ocurre en muchos casos, tanto en las piletas como en el mar, el guardavidas miraba otra película. En esta ocasión, conversaba con dos o tres personas, de espaldas hacia la pileta. Motorizado por la gravedad, pero también porque su propio pellejo estaba en juego, corrió hacia la pileta a toda velocidad y se tiró de cabeza en la dirección de mi hermana. Con su ayuda y la de otro hombre, sacaron el cuerpo del agua. Otras personas que estaban afuera también se acercaron. A los pocos segundos, llegó el médico del club. Mi hermana cedió el control de la situación y se quedó disponible en las cercanías.

El cuerpo no respiraba. Desde lejos se veía la cara azulada. El guardavidas, con desesperación, aplicaba las maniobras de resucitación cardiopulmonar. El médico lo asistía. La ambulancia ya estaba en camino.

La gente de la pileta, horrorizada, quedó expectante. En mayor o menor medida, se acercó a la dramática escena de resucitación. Un gran semicírculo de gente se dibujó sobre uno de los costados de la pileta, con el guardavidas, el médico y la víctima en el centro. El silencio era enorme, como nunca antes en las ruidosas instalaciones de verano del club.

Mi hermana seguía los acontecimientos con enorme concentración, pero eso no le impidió reparar en que había perdido de vista a nuestro padre. Comenzó a buscarlo entre la multitud, pero no podía encontrarlo. Preocupada, salió del semicírculo de la muchedumbre para ampliar el horizonte de búsqueda. Temía que el estrés de la situación lo hubiera afectado. Por suerte, la realidad era otra.

Mi padre nadaba, plácido, a lo largo de la pileta desierta. De su nado estilo crol emanaba una gran armonía. Desplegaba los brazos con tranquilidad y la patada corta era amable, suave, casi imperceptible. Respiraba hacia ambos lados y con cada bocanada parecía separarse menos del agua. Daba la impresión de que el nuevo espacio disponible se traducía en comodidad y, con ella, en una mayor atención a las terminaciones técnicas de su nado.

Mi hermana sintió una gran tranquilidad que, casi de inmediato, se convirtió en vergüenza. Con una mezcla de incomprensión y enojo, caminó a paso firme por el borde de la pileta hasta donde estaba mi padre. Lo llamó dos o tres veces con voz firme.

—Papá. Papá. ¡Papá!

Mi padre se detuvo, sacó la cabeza y la miró atento, sin sacarse las antiparras, esperando con neutralidad las palabras de mi hermana.

—¿Qué hacés acá, papá?— le dijo con tono de reclamo.

—¿Qué pasa?

—¡Hay un chico muerto y vos nadando!

—¿Y yo qué querés que haga? ¿Por qué te agarrás la cabeza?

Mi padre tenía razón. Su presencia entre la muchedumbre estaba de más. Hasta podía volverse contraproducente. El fondo de su argumento irritaba el inconsciente colectivo, pero era racionalmente inobjetable.

Lo que le reclamaba mi hermana eran las formas. De algún modo, correspondía interrumpir lo que uno estuviera haciendo y quedarse lo más cerca posible de la escena, con rostro compungido y comentando la situación con los bañistas más cercanos. Esa era la forma de empatizar con la situación. Al menos, aquella que la sociedad esperaba.

La historia, por suerte, tuvo un final feliz. La víctima reaccionó a las técnicas de reanimación y se recuperó por completo en el hospital. El guardavidas evitó un juicio penal, la cárcel y un cargo de conciencia de por vida.

Volviendo al accionar de mi padre, lo cierto es que muchos descalificarán su accionar, más allá de las posibles justificaciones. Reforzarán la condena señalando su formación profesional. ¿Qué más podía esperarse de un ingeniero, después de todo? Lo llamarán frío, insensible, inhumano, solo para comenzar la conversación.

Yo también soy ingeniero. Puedo comprender los juicios que se hacen sobre nosotros, pero es mi deber intelectual señalar que se trata de imprecisas simplificaciones. Y no hago esta defensa por la sentimental defensa de mi padre ni por la corporativa defensa de mis colegas. No la necesitan, ni la merecen. Lo hago, en efecto, por cargar conmigo con una de las principales características de los ingenieros.

Se trata de la extraordinaria capacidad de separar los temas. Una cosa es haber matado a otra persona y otra muy diferente es el trabajo. Una cosa es haber visto una persona en el fondo de la pileta que ahora lucha por su vida y otra cosa es lo que puede hacerse al respecto. Una cosa es una persona con una extraordinaria capacidad de separar los temas y otra muy diferente es una persona fría, insensible e inhumana.

Como corresponde a un buen ingeniero, esta es una descripción objetiva de los hechos y de ningún modo un aval o una condena, ni emocional ni de ningún tipo, de nada ni de nadie. Las cosas como son, nos gusten o no, nos convengan o no, nos diviertan o no. Por supuesto, puedo aceptar que la imperturbable búsqueda de una objetividad desapasionada pueda molestar a mucha gente. Pero, una vez más, ese es un tema a discutir por separado.

Si expongo estos razonamientos no es para irritarlos —idea que, sin embargo, no logra disgustarme—, sino para exponer mis credenciales a la hora de observar y comprender a los ingenieros. Esas que me habilitan a retomar un viejo trabajo de clasificación conceptual de ingenieros que había comenzado a desarrollar en mis tiempos universitarios. Ahora, veinte años después, puedo decir con orgullo que el tiempo lo ha validado y, más todavía, lo ha enriquecido con valiosas cuotas de densidad y terminación.

La clave del trabajo consiste en comprender que, como los seres humanos, los ingenieros no son todos iguales. Por el contrario, existen al menos tres grupos bien definidos: los nerds, los ambiciosos y los luchadores.

Los nerds son ingenieros que responden al estereotipo que la sociedad, no sin maldad, ha construido a lo largo de décadas. Personas con una gran inteligencia lógico-matemática, pero con una escasa inteligencia emocional. Y social. Y del resto de las inteligencias conocidas. Personas que usan anteojos, se peinan con la raya al costado y visten camisas a cuadros. Los casos más extremos usan el pantalón demasiado alto. Su pasión, su vocación y su misión se encuentran en total sintonía: lo técnico. No les importa el amor, ni la salud, ni el dinero. Solo los desafíos tecnológicos, sus motivaciones y sus posibles soluciones. Hacen gala de posturas rígidas, firmes e innegociables, complementadas por un sólido desinterés por complacer o agradar. Grandes buscadores de la verdad. Son los más genuinos ingenieros, los que realmente hacen progresar al mundo.

Los ambiciosos son ingenieros más generalistas. Podríamos decir que tienen las inteligencias un poco mejor distribuidas, aunque con la lógico-matemática todavía predominando. Les importa un poco más el amor, la salud y el dinero. Esos deseos más amplios, apoyados en esa capacidad más diversa, son los que motorizan su ambición. No solo quieren grandes cosas, sino que se creen capaces de obtenerlas. En la universidad, se anotan con

las cátedras más difíciles, cursan varias materias filtros a la vez y rinden sin asistir a las clases. Buscan aprovechar al máximo sus cualidades intelectuales, pero también las debilidades de todo sistema en el que se muevan. Tal vez sin saberlo, intentan rendir homenaje al concepto raíz que da nombre a la profesión: el ingenio. Ese potencial alimenta una confianza que a veces cruza la frontera y se transforma en arrogancia. Los casos más extremos llegan a afirmar que el título de ingeniero no les interesa en lo más mínimo, más allá de ser la demostración formal de su autopercebida valía. En su modelo mental, se creen destinados a crear exitosas empresas que contratarán nerds para realizar el verdadero trabajo ingenieril, mientras ellos se dedican a disfrutar del dinero y sus beneficios.

Por último, los luchadores son ingenieros elementales. Remadores. Con habilidades poco menos que discutibles para las ciencias duras, pero con una gran capacidad para soportar la adversidad. Personas que terminan la carrera en diez años con un promedio de cuatro, que coleccionan materias recursadas y que se refugian con perfil bajo en todas las modalidades grupales que estén disponibles. En pocas palabras, personas que no se rinden. Y vaya si eso es un valor importante para un ingeniero, alguien cuya esencia profesional es, a fin de cuentas, resolver problemas.

Una vez, todavía en la universidad, hice grupo con otros tres estudiantes. Cada uno de ellos correspondía a uno de los tipos de ingeniero. Los perfiles eran muy definidos, aunque ellos tal vez no lo sabían. El trabajo práctico consistía en programar un piano virtual. Luego de mucho trabajo, logramos llegar a un resultado muy digno. Sin embargo, todavía existía un problema técnico que no podíamos resolver. Todos nos abocamos durante horas a lograrlo. Finalmente, con ayuda de la suerte, el problema se resolvió, aunque sin que llegáramos a entender del todo por qué. Y en ese punto es cuando se expresaron con claridad cada uno de los perfiles. El ambicioso dijo: “Listo, cerremos todo acá, hagamos la presentación y nos vamos a casa”. Pero el nerd no estuvo de acuerdo: “Acá todavía hay un problema fundamental: no entiendo”. El luchador sostuvo un prudente silencio.

Ya presentada mi clasificación de los ingenieros, incluyendo un bonito ejemplo integrador, puedo entonces pasar a concluir este escrito. Me gustaría hacerlo con una sentida dedicatoria a los ingenieros luchadores. Tiernos corderos que no pueden separar los temas con tanta claridad, ni

despojarse del lado cruel de la vida, ambiente hostil que siempre los acecha. Pero que nunca, jamás, se dan por vencidos. Verdaderos antihéroes que representan un modelo inspirador accesible al resto de los mortales. Últimos reservorios de humanidad en el metálico y mecánico mundo de los ingenieros.

# El verdadero tango

“तत् त्वम् असि”

“Tat Tvam Asi”

“Tú eres eso”

*Chandogya Upanishad, texto antiguo de la filosofía hindú*

Mis nuevos amigos extranjeros vivían en Buenos Aires desde hacía tres años y creían haber descubierto el “verdadero tango”. Así lo llamaban. Además de creerlo, se mostraban entusiastas a la hora de anunciar la revelación en voz alta. Se atrevían incluso a ir más allá y nos exhortaban a nosotros, los porteños, a darle prioridad a este flamante tesoro tanguero por sobre nuestras viejas milongas favoritas.

Por fortuna o por desgracia, yo era una persona racional. Aunque la afirmación de mis amigos me resultara audaz en exceso, casi ofensiva, la realidad era que no estaba en condiciones de demostrar que estaban equivocados. Que fueran extranjeros, que les faltara conocer tantas calles de Buenos Aires, que no manejaran el lunfardo, que no hubieran padecido durante décadas las debacles argentinas, que no hubieran llorado por perder mundiales, que no hubieran tenido abuelos que escuchaban y/o bailaban tango, no eran razones suficientes para concluir que no estaban en lo cierto. Así que decidí, como intentaba hacerlo siempre, mantenerme abierto ante estos creativos postulados e indagar con mayor detalle en los argumentos con que sustentaban semejante afirmación.

Los interrogué. Según ellos, el verdadero tango se dejaba ver y sentir en una milonga que se llevaba a cabo los domingos, en un barrio que no era de los más tangueros de Buenos Aires. A estas veladas asistían verdaderas leyendas del tango, como “Fulano” Torres o “Mengano” Parisi, bailarines y músicos legendarios de hacía sesenta años. Con su presencia, no solo teñían el lugar con su mística, sino que atraían a muchos otros continuadores contemporáneos de su legado. La conexión entre estos próceres con las nuevas promesas, sumado a la atracción que estas últimas también generaban sobre el resto del público, lograban conformar un ambiente

único. El perfil y la calidad de los asistentes hacían de esa experiencia algo especial e irrepetible. La expresión acabada del verdadero tango.

“Boeno”, pensé cuando terminé de escuchar el argumento, mientras mantenía mi expresión facial inalterada. Para comenzar, nunca había escuchado hablar de “Fulano” Torres o de “Mengano” Parisi. Y aún si hubiera escuchado sobre ellos, la mera presencia de personajes octogenarios, o de grandes bailarines de la actualidad, no eran acontecimientos que me conmovieran. A menos que, por ejemplo, estas personalidades estuvieran abiertas a bailar con todo el mundo, algo que por lo general no sucedía. Por supuesto, yo podía respetarlos y hasta admirarlos, pero como justificación de estar ante el verdadero tango, me resultaba insuficiente. De cualquier modo, más allá de mi incredulidad, yo me debía al rigor científico. No iba a sacar conclusiones definitivas hasta que no hubiera experimentado el fenómeno por mí mismo. A esta altura, de más está decir que nunca antes había asistido a esa milonga.

Mientras divagaba entre esas reflexiones parciales, mis amigos extranjeros esperaban una respuesta de mi parte. Una persona normal, querible, se hubiera reído y les hubiera dicho “Nooo, ¡están diciendo cualquier cosa! ¡Jaja!“, pero lamentablemente yo no era esa persona. Yo quería ser amable y justo. Ante mi discapacidad para hacer afirmaciones sin pruebas, asumí el vago compromiso de asistir algún día para corroborar lo que acababan de contarme y, entonces sí, darles mi opinión.

Un vago compromiso seguía siendo un compromiso para la persona problemática que yo era. Me sentía en la obligación moral de cumplir, aunque nadie fuera a reclamármelo. Ni siquiera que a nadie realmente le importara era un aliciente.

Cumplir tampoco era fácil. Justo ese día de la semana, el domingo, tenía lugar mi milonga favorita. A favor, esta comenzaba un poco más temprano. Haciendo un gran esfuerzo, podía intentar salir de la Milonga Favorita y dirigirme a la Milonga del Verdadero Tango. En contra, asistir a más de una milonga el mismo día no era para nada mi estilo, pero no era extraño que muchas personas lo hicieran. Podían ir a dos, tres o hasta cuatro milongas en un mismo día. Demencial.

Había todavía una ventana extra de oportunidad para salvar el dilema. La Milonga Favorita era en un parque, al aire libre. Si bien los días de lluvia se realizaba igualmente (al reparo de un sector auxiliar con techo), la

experiencia distaba de ser la misma y yo prefería no ir. Eso no me impedía admirar a los organizadores y a los asistentes por no dejar que ni el frío, ni la lluvia, ni su combinación, les interrumpiera la milonga. Solo la final del Mundial o un balotaje de las elecciones presidenciales habían logrado suspenderla. Era una milonga hasta las últimas consecuencias. En resumen, un domingo de lluvia podía ser la oportunidad perfecta de asistir a la Milonga del Verdadero Tango.

Pasaron varias semanas hasta que el domingo y la lluvia coincidieron. Cuando eso ocurría, una gran tristeza me invadía, pues yo realmente amaba ir a la Milonga Favorita.

Ese estado de desazón no era el mejor punto de partida para aventurarse a descubrir una nueva milonga. Llegar a un lugar ajeno, por lo general repleto de gente desconocida, es una experiencia que puede requerir bastante energía. Las personas, casi siempre, tienen la instintiva preferencia por lo que ya conocen. Como atenuante, al menos, yo contaba con la segura presencia de mis amigos extranjeros.

La Milonga del Verdadero Tango tenía un nivel de formalidad por encima de mis preferencias personales. Eso implicaba una mayor atención a la apariencia. Si bien eso me generaba cierta incomodidad conceptual, en la práctica lograba resolverlo con relativa facilidad: los zapatos nuevos en lugar de los viejos, el pantalón liso en lugar del rayado y la remera más nueva disponible.

Había un último factor adverso. A la lluvia que había habilitado la asistencia a la Milonga del Verdadero Tango, se sumaba una cierta lejanía geográfica. Considerando la frecuencia de los colectivos los días domingo, asistir me implicaba un viaje total esperado de una hora. Una visión desoladora. La mejor estrategia para seguir adelante era no pensar más y conseguir un buen libro para atravesar con rapidez el tiempo de viaje.

Me tomé el colectivo para ir a la famosa milonga. El trayecto no fue grato, pero para qué ahondar en los detalles. Lo importante es que llegué a destino, relativamente seco, y me acerqué a la puerta principal. Una mujer elegante de rasgos orientales me dio la bienvenida, como si el lugar fuera un restaurante de categoría. Me acompañó a pagar mi entrada y luego me señaló la dirección de acceso. Caminé unos pocos metros y pude acceder al salón de eventos. Las mesas y las sillas estaban decoradas. Había bastante gente, muchos de ellos todavía cenando. La edad media era mayor a la mía

y la formalidad también. Había muchas camisas, varios sacos y hasta corbatas. Yo hacía años que no utilizaba una corbata y aspiraba a no volver a usar una nunca más en mi vida. La posibilidad de cumplir esa meta me generaba cierta ilusión de orgullo futuro.

Divisé a mis amigos extranjeros en uno de los rincones del salón. Los chicos vestían camisa y saco, pero por suerte se habían ahorrado la corbata. Las chicas lucían hermosos vestidos. Varias fraperas se distribuían a lo largo de la mesa. Me acerqué, saludé a todos y me senté. “¿Qué estoy haciendo acá?”, me pregunté de inmediato.

A pesar de mis autoreclamos, no había perdido la expectativa de sorprenderme con la posibilidad de contemplar el verdadero tango. Ese era el anhelo que me mantenía en pie. Si había llegado hasta ese lugar, estaba dispuesto a sostener mi presencia.

No pasó mucho tiempo hasta que uno de mis amigos extranjeros me señaló la mesa de los notables. Se componía de cinco hombres mayores mirando hacia la pista. Además de “Fulano” Torres y “Mengano” Parisi, había otros tres cuyos nombres ya no recuerdo. Yo no conocía a ninguno. Mi amigo me explicó la historia y la importancia de cada uno de ellos. Biografías muy interesantes, pero que no llegaban a impresionarme.

Mi amigo dejó la mesa para ir a bailar. Moví la atención hacia la pista de baile, la tanda (conjunto de tres o cuatro tangos que se bailan con la misma pareja) recién comenzaba. Las parejas se formaron rápidamente, supuse que ya se conocían. A lo largo de los quince minutos que duró la tanda, no sentí que la pista tuviera alguna particularidad que la diferenciara de otras milongas porteñas. Había buenos bailarines y un cierto orden en la pista, algo encomiable pero no extraordinario.

Quizás desde el interior de la pista se pudiera percibir otra cosa. Apenas comenzó la siguiente tanda, con un sutil cabeceo invité a bailar a una de las chicas de la mesa. Accedió. En coherente sintonía con lo que había percibido desde la mesa, la pista era amena y los bailarines que me rodeaban se movían con destacable conciencia del prójimo. Nada menos, pero tampoco nada más.

La tanda terminó y volvimos a la mesa. Un poco por cortesía, un poco por facilidad, seguí invitando a las chicas de la mesa. Los resultados fueron más o menos los mismos. Luego de haber bailado con todas las chicas de mi mesa, fue natural ampliar la búsqueda de bailarinas hacia las otras

mesas. La cuestión se tornó un poco más desafiante. Las potenciales bailarinas no parecían del todo abiertas a bailar conmigo, actitud no inusual entre las personas desconocidas, pero no por eso inevitable. Lo importante era recordar dos grandes máximas de la milonga. Una, nada es personal. Dos, el que se enoja pierde. Teniendo a estas verdades como mis anclas, con paciencia y perseverancia, logré hacerme un lugar entre los habitués.

Mientras progresaba mi búsqueda de bailarinas, yo mantenía un “tercer ojo” muy atento a lo que sucedía en la pista. No quería que el árbol de bailar la próxima tanda me tapara el bosque del verdadero tango. Las leyendas, por ejemplo, permanecían sentadas y de vez en cuando bailaban un tango con alguna chica, por lo general joven y al parecer conocida. La magia no aparecía.

Llegó la hora de la interrupción, el peor momento de cualquier milonga. La inercia de baile se detenía, la pista se “enfriaba”, solo para que los organizadores pudieran hacer su propio show. Casi siempre, este ritual abusivo comenzaba con el pedido de aplausos para cada una de las personas involucradas en la milonga, o no, desde la recepcionista hasta un amigo cumpleaños desconocido por la mayoría. Luego seguían los anuncios, a menudo difíciles de entender y memorizar. Nunca conocí a alguien que haya ido a una clase o a una milonga por haberla escuchado durante los anuncios de la milonga. Saciada la sed de autorreferencia, los organizadores pasaban a presentar el show de los bailarines profesionales, quienes hacían una demostración de baile. Por lo general, yo me retiraba antes de que todo este padecimiento sucediera.

En la Milonga del Verdadero Tango las cosas no funcionaban de otro modo. Pero esta vez, por cuestiones de experimentación, no podía darme el lujo de retirarme temprano. Debía someterme a la totalidad de la experiencia.

La interrupción, el *blableo* y los bailarines pasaron, a mis ojos, con más pena que gloria. La interrupción se había extendido por casi cuarenta minutos. A la una y media de la mañana, eso es demasiado. Terminado el show de los bailarines, muchos aprovechaban para dejar la milonga, así que los espacios en la pista se abrían. Eso era bueno.

La música volvió a sonar, así que me propuse quedarme hasta que llegara la próxima tanda de milonga (existe la milonga como evento y la

milonga como género musical). Dentro de la familia musical tanguística, la milonga era el género que menos me gustaba.

Dos y media de la mañana comenzó a sonar la milonga del final. Con más entusiasmo que pesar, comencé con los rituales de la despedida. Me cambié los zapatos, saludé a todos y me fui del lugar bajo una garúa muy tolerable. Primaba una fuerte sensación de deber cumplido. De libertad. No era el momento ni el lugar para esperar el colectivo, así que pedí un auto con el teléfono. Desde el confort del transporte privado, miré reflexivo la ciudad de Buenos Aires a través de los vidrios mojados.

Si el verdadero tango había estado allí esa noche, yo no lo había visto.

La semana siguiente, los porteños pudimos disfrutar del regreso del sol y de un clima más favorable. Una incipiente primavera. Eso me habilitó, el domingo, a regresar a la Milonga Favorita. Y esta vez, como era de esperar, la aprecié a través de los ojos de mi reciente experiencia en la Milonga del Verdadero Tango. Eso me permitió repasar algunas de las esencias que destilaba la experiencia tanguera del parque.

Por lo general, yo iba en bicicleta hasta la Milonga Favorita. Eran unas treinta cuadras durante las cuales atravesaba buena parte del centro de Buenos Aires. Durante las domingueras noches de invierno, el paisaje era desolado y desolador. Pero eso no le quitaba, al menos para mí, la capacidad de conmovedor. Había cierta mística en atravesar esa Buenos Aires golpeada y durmiente para llegar hasta el parque. Era como internarse en el sueño, en el inconsciente dañado y profundo, de la ciudad que había creado el tango.

Ya una cuadra antes de llegar, la música comenzaba a escucharse. Eso me impacientaba todavía más y, a pesar de las treinta cuadras sobre mis muslos, pedaleaba con más fuerza para llegar a destino. Y allí, como una lava candente, emergía la Milonga Favorita.

Cuando llegaba, me bajaba de la bici y buscaba un lugar para atarla entre todas las otras bicis. Siempre sacaba las luces y me las guardaba en la mochila. Ansioso, entraba y preguntaba si la tanda recién había comenzado. Si ese era el caso, con lo puesto, dejaba mi mochila a un lado y buscaba a cualquier bailarina disponible para sumarme a la pista.

Aún en invierno, había un buen número de asistentes. Los había parados, sentados sobre unas gradas de concreto o directamente en el piso. Hablaban, fumaban, tomaban mate, cerveza o vino. Los que más bailaban

estaban con remera manga corta, los que menos con grandes camperas. Algunos tenían zapatos, otros zapatillas. Unos usaban camisa, otros camiseta de fútbol. La diversidad reinaba. Quizás de esa informalidad se desprendía una gran apertura y no era difícil encontrar alguien agradable con quien bailar. No todo era color de rosas. A veces, tanta falta de códigos sociales podía convertirse en cierta incomodidad, por ejemplo para las buenas bailarinas que se veían por demás asediadas.

La pista podía ser algo caótica, pero no llegaba a ser preocupante. Como tenía una buena extensión, esos espacios ayudaban a licuar las desprolijidades. Esto no era así durante las hermosas noches de verano, cuando la asistencia se disparaba y la pista explotaba de gente. El piso era tan bueno como puede serlo una pista de patinaje al aire libre. Sobre una base más o menos homogénea, había sectores más ásperos y más resbalosos. Y siempre cubiertos por una fina capa de polvo sobre la cual era posible, literalmente, dibujar.

Cuando una tanda terminaba y las parejas se desarmaban, el escenario era más dinámico que en las milongas con mesas asignadas. Nadie tenía un asiento al que volver, así que cada uno podía ubicarse en un lugar nuevo con mucha facilidad y eso, sin dudas, ayudaba a la búsqueda de una nueva pareja de baile para la próxima tanda.

Los organizadores tenían un extremo perfil bajo. Si uno se distraía, podía olvidarse de que existían y creer que la milonga sucedía sola, naturalmente, sin que nadie la organizara. En el único momento en que interrumpían la milonga, era con un breve mensaje para pasar la gorra. El dinero que juntaban se veía utilizado en el lugar: parlantes, luces de colores, banderines. Por si esto fuera poco, desplegaban una casi secreta tarea de integración de los nuevos participantes, ya fuera prestándose ellos mismos al baile o reclutando bailarines solidarios entre los habitués del lugar.

El final de la milonga llegaba siempre antes de tiempo. Sobre todo cuando no era invierno, yo me iba sin haber bailado con todas las bailarinas que hubiera querido. Esa dulce insatisfacción, sin dudas, alentaba la motivación para regresar el domingo siguiente.

Ya montado en mi bicicleta, volaba por las avenidas casi desiertas de Buenos Aires y repasaba, sumido en una embriaguez que llamaría felicidad, las hermosas tandas que había bailado. Cuando llegaba a casa, me sentía

exhausto por la bicicleta y por el baile, así que me acostaba y me sumía en el otro mundo de los sueños.

Al día siguiente, descansado y con una mayor distancia observadora, repasaba los acontecimientos de la noche anterior. La Milonga Favorita no solo me parecía espectacular, sino también de lo más genuina. Nadie necesitaba pagar una entrada, ni cumplir con las expectativas de una vestimenta, ni siquiera saber bailar para ir a ella y disfrutarla. Allí se juntaba todo tipo de gente y, sin importar el clima, bailaban. Si nos remontábamos a los orígenes del tango y pensábamos en el arrabal, en los conventillos, en los pisos de tierra, en el empedrado, en los paredones, en la esquina, en el farol, en el rocío de las noches de invierno, entonces era muy difícil no pensar en la Milonga Favorita. Era casi imposible evadir la tentación de concluir que era allí, en ese parque perdido en la noche dominical de Buenos Aires, donde podía encontrarse el verdadero tango.

Sin embargo, la verdad era más esquiva, menos material. No era posible capturar una esencia con las manos. Por el contrario, como en algunas filosofías orientales, el verdadero tango no estaba en ningún lado y estaba en todos. Siempre había estado y siempre estaría. De ese modo, presente en cada tiempo y lugar, estaba también y fundamentalmente en nosotros. Y esa era la auténtica, y tal vez única, oportunidad de encontrarlo.

# Primer encuentro con la fama

Fue hace varios años, en el aeropuerto de Córdoba. Yo había llegado temprano. Podía perdonarme muchas cosas en la vida, pero no perder un vuelo. Ese día mi precaución había sido vana, ya que el mío estaba demorado debido a una posible tormenta. Como era temprano, no había muchos vuelos programados y el aeropuerto estaba calmo.

Pasé todos los controles y llegué a la sala de embarque. Diría que por vicio, me propuse entrar en contacto con la chica más interesante que hubiera en la sala. Hice un paneo y la identifiqué. Parecía estar sola, en una mesa del café, leyendo. Me senté en los asientos públicos y la contemplé desde la distancia, con prudencia, durante unos minutos. Confirmé que estaba sola y que me interesaba. Yo no tenía ningún problema en abordarla directamente, pero me parecía demasiado invasivo interrumpirle la lectura.

Decidí acercarme a la escena comprando un desayuno y sentándome en el café. También me sentaría a leer y me abriría a la posibilidad de intercambiar miradas con ella. Elegí un café, una atractiva torta y pagué. Tomé la bandeja y elegí un lugar donde sentarme. Mientras me disponía a sentarme con extrema lentitud, el destino me jugó una buena pasada y la chica, justo en ese momento, depuso el libro y levantó la mirada. Nos miramos. Le señalé el libro, sin saber cuál era, y levanté el pulgar en señal de aprobación. Sonrió. Me acerqué y le pregunté si podía sentarme con ella. Me dijo que sí.

La conversación fluyó con facilidad. Le pregunté sobre el libro y sobre por qué lo estaba leyendo. Dio una respuesta completa y agradable. Le conté que yo también estaba por leer un libro, lo saqué de la mochila, etcétera, etcétera. Pasamos a temas más personales. Le conté que era escritor y se mostró muy interesada. Intercambiamos ideas y al final saqué uno de mis libros para regalarle. Me pidió que se lo dedicara. Busqué una lapicera, agregué un pequeño mensaje y se lo di. Lo recibió con gran alegría, lo hojeó y se lo acercó a la cara. Me confesó que amaba el olor de los libros.

El aeropuerto, la lluvia, el encuentro “espontáneo”. Esa era la película que saboreábamos cuando un hombre irrumpió en la escena. Nos saludó, nos pidió disculpas por la interrupción y procedió a desplegar los motivos de su repentina aparición. Comenzó preguntándome si yo era escritor.

“Así es”, le dije. Yo no tenía la menor idea de quién era el hombre.

“Yo te conozco”, me dijo con una intensa mezcla de emoción y orgullo. “Te conocí en Chile el año pasado y leí uno de tus libros”, me dijo con incontenible entusiasmo.

Hasta ese momento, nunca nadie me había reconocido en un lugar público. ¿Había entrado, finalmente, en la etapa del despegue? ¿Era este el primer paso de una nueva vida signada por la fama, el poder y los excesos? La respuesta era muy clara: no.

“Entonces debe haber una confusión, porque el año pasado no estuve en Chile. De hecho, estuve una sola vez y fue hace como diez años”, le aclaré con cierta culpa por tener que demoler su ilusión con algo tan insustancial, al menos en este caso, como la verdad.

“No, no, sos vos. Estoy seguro”, insistió. Se negaba el hombre a abandonar la supuesta buena suerte de haberme encontrado, fuera quien fuera yo para él. “El libro que leí era... ¿cómo era?”, se preguntaba y se esforzaba por recordar, pero la memoria lo volvía a traicionar. Yo lo miraba con simpatía y, mientras él buscaba entre sus recuerdos, me permitía mirar con complicidad a la chica interesante.

“¿No habrá sido en la playa argentina o en algún parque de Buenos Aires? Esos serían los lugares más razonables para haberme encontrado”, busqué ayudarlo. El hombre negaba con la cabeza una y otra vez. Al no aferrarse a estas pistas que yo le daba, exponía un cierto compromiso con la verdad. “Quizás me estás confundiendo con otro escritor. Con el bueno”, bromeé.

“Mirá, no me acuerdo dónde te vi, ni cuál era el libro, pero estoy seguro de que eras vos. Y yo quería saludarte, porque me quedó una muy buena impresión de lo que leí”, me aseguró con firmeza y me volvió a estrechar la mano, esta vez usando las dos suyas.

“Muchas gracias”, me limité a repetir. Lo más probable, para mí, era que el momento en que yo le firmaba un libro a la chica interesante le había disparado una confusión, o la oportunidad de hacer realidad un sueño recurrente de encontrarse a alguna celebridad durante su viaje. Pero si él

quería aferrarse a ese espejismo, ¿quién era yo para insistir en derrumbárselo?

“Tengo un regalo para vos”, le dije. Me volví, saqué otro de mis libros y se lo extendí. Su cara de sorpresa y felicidad no la olvidaré jamás. Me pidió que por favor se lo dedicara. Escribí en la primera página unas palabras alusivas y se lo entregué. El hombre lo aceptó con las dos manos como quien recibe una delicada ofrenda. Se lo llevó al cuerpo. “No lo puedo creer”, repitió varias veces. En el *summum* de la emoción, me pidió autorización para abrazarme. “Pero sí, hombre” le dije y el hombre se sacó las ganas. Yo intenté que mi abrazo también estuviera cargado de sentimiento.

Conmovido, el hombre se retiró dando unos pasos hacia atrás. Luego giró y caminó unos veinte metros hasta donde lo esperaba, con empático rostro risueño, una mujer que supuse su esposa. Cuando se encontraron, no fue difícil darme cuenta de que él le contaba los pormenores del encuentro. Yo los saludé una última vez con la mano y volví a concentrarme en mi mesa.

Retomé la conversación con la chica interesante. Era imposible no sacar enorme provecho de la situación que acábamos de compartir. Nos reímos un rato, pero la perspectiva climática había mejorado y su vuelo, nunca demorado, había comenzado el embarque. Intercambiamos datos de contacto, nos despedimos y allí quedó todo. Nunca más volví a verla.

Con ese explicable vacío que deja una persona prometedora cuando se despide (tal vez para siempre), me quedé inmóvil, sin propósito, sentado en la mesa del café. No sé cuánto tiempo habrá pasado, pero en un momento me despabilé y saqué el teléfono para revisarlo.

Entre los mensajes pendientes de lectura, me llamó la atención un número sin agendar. Era la chica interesante. El mensaje se limitaba a una foto. Era una selfie de ella sentada en el avión. De fondo, en otro asiento, se veía a mi poco memorioso fan. Estaba relajado sobre el asiento, con los ojos cerrados y una sonrisa sutil pero innegable. Más abajo, apoyado en el pecho, tenía mi libro. Y lo sostenía con las dos manos, como un Jesús que sostiene su propio corazón.

Nunca pude olvidar esa foto. Por eso, meses después, decidí imprimirla, enmarcarla y colgarla frente a mi escritorio. Cuando la tarea de escribir se me hace cuesta arriba, por los motivos que sean, miro a mi

voluntarioso fan y sé que debo seguir adelante. Él, como tantos otros confundidos por venir, me necesitan.

# Duelo de venganzas

*«La mejor venganza es  
no ser como tu enemigo.»*

*Marco Aurelio*

Ocurrió en una ciudad de Alemania. Era demasiado tarde, yo no sabía bien por qué estaba todavía en ese lugar. Tenía fatigados los pies, las piernas y la cintura. Pero una fuerza profunda me había retenido allí hasta esa hora de la madrugada. Algunos la llamarían una pasión, otros (quizás para sentirse mejor) tan solo una obsesión.

Salí del lugar y tuve una sensación de inmensa libertad. Tal vez porque ya había logrado vaciarme de esa necesidad impostergable, al menos por algunas horas. O tal vez porque todo lo que se abría ante mí era verano, noche y silencio.

En el centro de esa amplitud de percepciones, estaba el extenso estacionamiento de bicicletas. Lo conformaba un conjunto de estructuras de metal. Cada estructura tenía una serie de barras semicirculares ancladas en una base común. En todo el estacionamiento, solo quedaban dos bicicletas. Estaban pegadas, como besándose, apoyadas sobre la misma barra de metal. Esta improbabilidad despertó en mí una sospecha silenciosa que, como tantas otras veces, deseché sin llegar a entenderla del todo.

Busqué la llave para liberar la bicicleta. Tomé la cadena y me concentré en el candado. En ese momento, descubrí con sorpresa que algo estaba muy mal. Había cometido una desagradable equivocación. No había atado mi bicicleta a una de las barras de metal, sino a la otra única bicicleta que quedaba en el estacionamiento. La curiosidad estadística no existía. El otro dueño no había podido liberar su bicicleta.

Pobre. En esa explicativa fracción de tiempo, imaginé con lujo de detalles la desoladora escena del otro dueño llegando al lugar. Por el modelo de bicicleta, supuse que era hombre. Es probable que fuera alemán, con una barba cuidada y pelirroja. Alto, aunque sin llegar a los dos metros. Y algo fornido.

Lo imaginé llegando al lugar con un ignorante buen humor. Sonreía. Caminaba con lentitud, mientras disfrutaba del anochecer de ese cálido viernes de verano. Algo bueno le esperaba. Disfrutaba por adelantado de las aventuras que comenzarían el día siguiente, ya que el pronóstico auguraba un sábado muy soleado. Un día espléndido para andar en bicicleta.

No sabía el desdichado que esa noche no se iría de allí pedaleando. Encontró su bicicleta. Se agachó sobre ella y liberó la cadena. Estaba distraído. Cuando quiso despegar la bicicleta de la barra de metal, se dio cuenta de que su destino estaba irremediabilmente unido con el mío.

Le llevó un tiempo más comprender la situación, pero sobre todo las consecuencias. A medida que digería la realidad, el rostro se le iba deformando. Miraba incrédulo la pareja tórtola de bicicletas. Seguramente las movía y miraba la cadena para confirmar por vigésima vez que estaban atadas sin remedio. Se resistía a aceptar que esa noche tendría que caminar, o esperar el tranvía, o pagar el alto precio de un taxi. Cuando por fin lo hizo, entonces sin dudas comenzó a insultarme. Lo hizo en voz alta y en alemán, durante varios minutos. Se tomó la cara con las manos, quizás pateó mi bicicleta y miró el cielo. Pero el cielo no tenía respuestas.

Yo me imaginaba detalles casi interminables, sobre todo literarios. No se dormiría con facilidad. Mascullaría buena parte de la noche. Durante la mañana, se despertaría y por un instante lo habría olvidado. Durante esos pocos segundos de sábado matinal, sería feliz. Hasta que recordara que un imbécil lo había condenado a tener que tomar el tranvía para poder recuperar su bicicleta.

A decir verdad, yo estaba más asombrado por mi propia torpeza que preocupado por el alemán barbudo. Me sentía un poco culpable, pero no tanto. Admito que también me invadía una extraña clase de regocijo. Ser el espectador privilegiado de semejante tragicomedia me producía un reprochable placer.

Estos devaneos me impedían concentrarme en liberar mi bicicleta. ¡Tantos eran los pormenores en torno a este gracioso accidente! Tantos que no llegué a interiorizar lo que mis ojos ya habían visto. Ya había quitado mi cadena, pero mi bicicleta no estaba libre. Una segunda cadena la aprisionaba. Ataba la otra bicicleta a la mía, y las dos bicicletas a la barra de metal. ¿Qué estaba pasando? ¿Cómo... cómo era posible?

¿Acaso el alemán barbudo también era un idiota? ¿También había cometido el error de atar su bicicleta a la mía? Claro que no. En un acto deliberado, cuidadosamente decidido, él había bloqueado mi bicicleta. Había decidido castigarme.

Yo era un idiota —¿qué duda cabe!— pero no un miserable. No era mi estilo vengar a los idiotas, ya bastante sufrimiento acarreaban en sus vidas. Pero además, ¿era justo condenar a alguien por el único de sus actos del que se tenía conocimiento, aun cuando fuera de una estupidez premonitoria? Tanta era mi inocencia al respecto que me costaba identificar ese comportamiento en los demás.

La detallada película que había concebido en mi cabeza sobre el alemán barbudo se volvió propia. De repente, era yo el pobre diablo que se descubría con pavor como un hombre de a pie.

De ese calvario, ahora real, me detuve en la incertidumbre sobre cuándo se liberaría mi bicicleta. Para alguien bici-dependiente como yo, la situación era preocupante. No solo por el precio del transporte público, sino porque los días siguientes tenía ciertas obligaciones que cumplir que requerían de mi bicicleta. ¿Cómo sabría cuándo volver a buscarla?

Tal vez el alemán barbudo saldría el fin de semana o, peor aún, se tomaría unas largas vacaciones fuera de la ciudad. Los alemanes viajaban mucho durante el verano e intentaban aprovechar cada oasis de sol para escaparse hacia eso que ellos llamaban naturaleza. Me imaginé volviendo a diario tan solo para redescubrir la misma escena: las dos bicicletas amarradas a la barra de metal. Me vislumbré llorando de impotencia, en cuclillas, junto a la bicicleta. Y me proyecté, por fin, llegando al lugar con una tenaza o un oneroso cerrajero.

Yo era ingenuo, pero también rencoroso irremediable con las malas personas. Consideré que era el caso del alemán barbudo. El repaso mental de las consecuencias de su accionar vengativo había logrado enfurecerme. Decidí que bajo ningún punto de vista esto quedaría así. El alemán barbudo pagaría por su destructivo acto de mala fe.

Mi primera tentación fue molerle a golpes la bicicleta. Busqué alguna barra de madera, de metal o cualquier otro tipo de artefacto similar. Con este drástico accionar yo aceptaba que mi bicicleta correría la misma suerte. La convicción de que la mía era peor que la suya me alentaba a seguir adelante. Mi adversario saldría perdiendo. En verdad, los dos perderíamos,

pero este sendero ya no era el de las razones, sino el de la más primitiva venganza. Yo no quería beneficios para mí, sino daños para mi adversario.

A pesar de mi decidido espíritu destructivo, había un hecho que sí me preocupaba y me retraía. Era la eventual deportación. Temía que la violencia me condujera a las implacables manos de la policía alemana. En ese caso, las consecuencias serían el regreso anticipado al Hemisferio Sur. No me preocupaba tanto la posibilidad de no poder volver nunca más, sino el inmediato regreso al invierno. Ante todo, yo debía evitar el frío.

La excesiva prolijidad del escenario me privó de encontrar palos o piedras. Esta contingencia tal vez fue afortunada, ya que brindó el tiempo necesario para reencontrarme con mi casi extraviada capacidad de reflexión.

Estaba claro que el alemán barbudo quería arrastrarme a su frustración. No quería sentirse solo en su impotencia, necesitaba que yo también pagara un elevado precio para volver a casa esa noche. Y hasta ese momento lo estaba logrando. Lo bueno, al menos, es que todavía no lo sabía. Si yo destrozaba su bicicleta a fuerza de adoquinazos, entonces le regalaría esa certeza. Y la desazón por su bicicleta hecha pedazos se vería amortiguada por la satisfacción de saber que su sed de revancha había sido saciada. Yo no podía darle ese gusto. El alemán barbudo nunca debía dejar de sentirse solo. Ese era el primer fundamento de mi nuevo concepto de venganza.

Asumida la difícil resolución de dejar intacta su bicicleta, me concentré en la cadena. ¿Tenía alguna forma de vulnerarla? Tras varios minutos de análisis, concluí que no. Después de todo, para eso estaban hechas las cadenas.

La mutilación de la estructura de metal a la cual se ataban las bicis, o de mi propia bicicleta, tampoco parecían ser opciones viables.

Una última jugada posible consistía en dejar mi propia cadena atando las dos bicicletas a la barra de metal. O atando solo la suya. Eso lo perjudicaría muchísimo, al menos en términos prácticos. Pero, nuevamente, dejaría en evidencia mi resentimiento. Y eso era lo que había decidido evitar.

No había alternativas. Todo quedaría sano y salvo, tal cual lo había encontrado. Solo movería mi cadena desde su bicicleta hacia la estructura

de metal. Él había ganado esta primera batalla. Como atenuante, yo había evitado exteriorizar mi inagotable rencor.

La próxima batalla consistía en recuperar mi bicicleta, todavía atada a la barra de metal y a la otra bicicleta.

Volví a ponerme en el lugar del alemán barbudo. Lo imaginé de nuevo en el lugar. Su primera reacción sería de felicidad, al comprobar que su bicicleta había sido liberada. Lo que no encontraría sería mi reacción a su maldad. Para mi satisfacción, esto lo decepcionaría un poco. Pensaría que su jugada no había producido ningún efecto. Se anoticiaría de que solo él había tenido que sufrir. Ante la ausencia de mi merecida respuesta, no tendría más remedio que liberar mi bicicleta. Si no era por deseo, al menos por simple sentido práctico. Por primera vez en la noche, sonreí.

Lo que yo no sabía era cuándo esa escena se haría efectiva. No podía saber en qué momento iba a volver. Podía ser un día, una semana o un mes más tarde. Si quería castigarme, demorar la liberación de las bicicletas era una excelente estrategia. Muchos alemanes poseían más de una bicicleta, aunque también eran muy apegados a la principal. Por suerte, él no sabía que yo no era alemán, que no tenía una segunda bicicleta y que era un relativo pobre que iba a sufrir demasiado sin mi bicicleta.

Pensé en dejar una nota, pero recordé las palabras de Marco Aurelio ponderando el silencio como la mejor respuesta ante el enojo.

Era hora de volver a casa. Me asomé a la calle desolada. Miré hacia atrás y vi las dos bicicletas pegadas, aisladas en medio del estacionamiento. A través de esa imagen, también nos vi al alemán barbudo y a mí, atados pero por el mutuo desprecio.

Descarté volver en taxi, sobre todo por principio. Y más todavía en un día como aquel, cuando me encontraba varado gracias a mi estupidez. De ningún modo merecía esa comodidad. Al mismo tiempo, el peso había vuelto a devaluarse, así que mis principios se alineaban felizmente con mi economía.

Una reflexión similar ameritaba el colectivo o el tranvía. En estos casos, además, debía esperar su llegada en la soledad de la noche. Y esperar siempre me había deprimido. Debajo de mi piel calma y diplomática, hibernaba una personalidad dura e impaciente, que no podía escapar al convencimiento de que el tiempo se estaba escurriendo.

Caminaría. Sería una forma amable de penitencia. Expiaría mis culpas durante esa procesión. Reflexionaría.

Los cuarenta minutos caminando, en subida, fueron depuradores. Una especie de ayuno físico y espiritual. Durante una buena parte del camino, aproveché para autocriticarme con dureza. Yo era el responsable último de estar ahí, lejos de casa, cansadísimo y perdiendo el tiempo. El resto de la travesía lo aproveché para meditar sobre las aristas de esta especie de venganza pasiva que estaba intentando ejecutar.

Comprendí que no debía contentarme con ocultarle mi frustración al alemán barbudo. Para que mi venganza fuera superior, debía elevarme sobre esa frustración. Sobrepassarla. Si podía deshacerme de ella, entonces esconderla sería tan solo una consecuencia trivial.

Ese razonamiento me llevó aún más lejos. Si lograba sobreponerme a la frustración, entonces la idea misma de venganza colapsaría. Por más contradictorio que pareciera, la búsqueda más extrema de esta sofisticada venganza llevaba a la no-venganza. La venganza más trascendente consistía en no vengarse.

Estas elaboradas ideas sobre la venganza me resultaban muy atractivas. Me hacían sentir un gran filósofo heleno. ¿Eran reales o yo, simplemente, estaba enloqueciendo?

El problema era que yo cargaba todavía con mucho resentimiento. No sabía cómo deshacerme de él, pues no creía que los sentimientos pudieran disiparse con algo tan simple como una decisión. Ni siquiera sabía si realmente quería hacerlo. Yo no era tan noble.

Llegué a casa. A pesar de mi cansancio físico, no pude dormirme con facilidad. En ese estéril camino al mundo de los sueños, se me presentó la certeza de que ciertos escenarios resultan inalcanzables. Y que la actitud más deseable no era renunciar a ellos, ni devaluarlos para acercarlos a las propias posibilidades, sino encarar el inesperado camino inverso: agrandarlos, ir todavía más lejos.

Fue en ese momento cuando concebí la posibilidad de este escrito. Y recibí una misteriosa avalancha de energía destinada a darle forma. La siempre esquiva inspiración se apoderó de mí con desatado vértigo. Mi rencor renacido llegó para reformular la sentencia: el alemán barbudo me había regalado el milagro de crear.

A medida que mis fuerzas creativas —esas que todos tenemos— se desencadenaban, la oscuridad revanchista enquistada en mi alma volvía a expandirse, pero ahora como deseable combustible.

Me levanté de la cama y comencé a escribir los párrafos principales de esta historia. Un ímpetu inhumano había arrasado con mi cansancio. Era la creación vengativa. Fui transportado sin aviso a la roja dimensión de los inspirados por el rencor. Allí permanecí, ajeno a mi realidad, hasta que logré descargar las palabras principales que me ardían en el pecho. Cuando finalicé, el cansancio antes pospuesto volvió en forma de catarata. Me desmoroné sobre la cama y me dormí.

Apenas me levanté al día siguiente, continué escribiendo hasta el atardecer. No comí durante el día. Las únicas pausas que hice fueron para ir al baño. Pero todo valió la pena, pues logré redondear una primera versión de este escrito.

Ya más calmo, miré por la ventana y pude ver cómo el sol estaba cerca de fundirse con el horizonte. Me puse en marcha y comencé una caminata que me llevaría hasta el lugar donde mi bicicleta permanecía secuestrada. Esta vez no lo hice para auto-infligirme un castigo, sino para disfrutar de la tarde. El día era tan hermoso como lo había previsto el pronóstico. Aproveché para despejarme.

Llegué al lugar. Antes de asomarme al estacionamiento, sentí una suave adrenalina invadiéndome. Me detuve para saborear esa rara incomodidad que me hacía sentir vivo. Cuando la sensación se agotó, avancé hacia la multitud de bicicletas que se amontonaban sobre las estructuras de metal. Pude divisar la mía. Me acerqué. Solo mi cadena la mantenía sujeta a la barra de metal. ¡Estaba libre! ¡La bicicleta del alemán barbudo había desaparecido!

No importa tanto lo que hice más tarde. Lo importante es que durante los días que siguieron me dispuse con tenacidad espartana a la finalización de estas líneas. Las revisé y las pulí decenas de veces durante casi dos semanas.

Los últimos días, muy poco recordaba sobre los hechos de la realidad de la bicicleta y del alemán barbudo. Sin buscarlo, me había ido despojando del enojo, del odio y del resentimiento. Casi todo se había convertido en literatura. Quizás mala, pero literatura al fin.

El último reducto de mí que clamaba por venganza parecía estar al borde de ser derrotado. Las magnánimas ideas sobre el olvido como máximo aspiracional de venganza lo tenían acorralado. Le exigían la rendición incondicional. Solo tenía que renunciar a la publicación de este escrito y todo acabaría para siempre.

# De hombres y piedras\*

*Por José Martínez, artista invitado*

## Capítulo I

Ramón de la Vega era de esas personas que uno cruza por la calle, pero no se ven. Uno de los cientos de seres invisibles que a diario por poco chocamos, pero a los que no nos detenemos ni siquiera a mirar. Tenía alrededor de sesenta años, aunque su cabeza canosa y su andar lento y cansino lo hacían aparentar algunos años más. Tenía contextura delgada y era un poco encorvado. Si bien su postura lo hacía ver como alguien parco o retraído, su mirada era directa y eso le daba cierto aire de dignidad.

Su modo de presentarse ante los desconocidos era siempre la misma. Primero su apellido y luego el nombre de pila, para cerrar la oración de presentación con su situación de revista laboral:

—De la Vega Ramón, empleado municipal, categoría 20, perteneciente a la Dirección de Higiene Urbana con veintiocho años de servicio.

Esa fue su respuesta a mis “Buenos Días”, mientras le estrechaba la mano callosa y áspera. Calculé que había entrado a trabajar en la Municipalidad a mediados de los ‘80 y eso me hizo entender un poco mejor la forma en que se presentó ante mí. Él era quien era, pero sobre todo era empleado municipal, referencia laboral dicha con orgullo, propio de los empleados que habían comenzado su carrera hacía tiempo ya. Ese orgullo de ser municipal pasó a ser no sé si motivo de vergüenza, pero sí de conformismo para los empleados más recientemente ingresados.

No eran aún las nueve de la mañana, el característico calor riojano todavía no era insoportable. Estábamos parados al ingreso del “Predio de Disposición de Residuos Sólidos de la Municipalidad de La Rioja”, el rimbombante nombre institucional del lugar que era resumido por todo el mundo como “El Basural Municipal”.

Ubicado a unos 20 km de la ciudad, hacia el norte, el Basural era el último lugar en el que alguien desearía trabajar. No solo por las

características propias de la tarea de recoger, transportar y dar tratamiento final a la basura, sino, y sobre todo, por la precariedad de la infraestructura existente en el lugar. Un tinglado abandonado, en el acceso una garita de dos metros cuadrados, una barrera que se levantaba y bajaba manualmente con una soga para controlar el ingreso de los camiones de basura... y no mucho más que eso.

Justo al lado de esa casilla, bajo la precaria sombra de una planta de retama, pasaba sus días laborales don Ramón de la Vega. Una piedra de unos cincuenta centímetros de alto, plana en su parte superior, era la silla del hombre. A su lado, un tarro de lata bastante oxidado y una pila de piedras no más grandes que un huevo de gallina.

Aprovechamos para ingresar al predio cuando la barrera se levantó para que pase un camión cargado de basura. Justo cuando comenzamos a avanzar, de reojo vi a don Ramón que arrojaba una piedra, de las que tenía apiladas, dentro del tarro oxidado. El movimiento fue confirmado por el ruido a metal de la piedra al golpear la lata.

Ante esto, le hice un gesto a Manuel, el Director de Higiene Urbana que caminaba a mi lado, levantando levemente la cabeza. Junté todos los dedos de mi mano derecha y los acerqué a mi cara, como preguntando sin hablar “¿Qué hace?”.

—Don Ramón es analfabeto —comenzó su respuesta Manuel, ante mi pregunta gestual—. No sabe leer ni escribir, pero a pesar de eso desde hace años que su tarea es controlar cuántos camiones entran por día al basural. Usted se preguntará cómo lo hace si no sabe escribir letras ni números — me dijo Manuel, con una mirada cómplice y bajando la voz.

—¿Cómo? —fue mi lacónica respuesta mientras continuaba caminando.

—Él va metiendo en el tarrito que tiene al lado una piedra por cada camión que entra, al final de su día laboral le lleva el tarro al supervisor del predio, quien cuenta las piedras que hay adentro y entonces sabe la cantidad de camiones que entraron. Es un sistema rústico, pero efectivo, y Don Ramón se siente útil.

Esta última oración quedó resonando en mi cabeza. Recordé una conversación telefónica que esa mañana había tenido con el representante de una empresa que pretendía vender al municipio un sistema para informatizar todos los servicios que prestábamos. “Es un sistema rústico,

pero efectivo...”, dije para mí en voz casi inaudible. Y sonriendo pensé: “Y yo ingenuo quiero informatizar los servicios municipales”.

Ya pasaban las once de la mañana cuando terminó la visita al Basural Municipal, subí al auto donde me esperaba Gastón, mi chofer, y nos encaminamos (ya de salida) al ingreso del predio. La barrera estaba levantada, por lo que mi chofer no aminoró la velocidad y decididamente se encaminó a abandonar el lugar. En ese momento, tocándole la rodilla le dije:

—Parate un segundo donde está Don Ramón. El hombre sentado en esa piedra —le dije señalando con mi índice hacia su izquierda a modo de aclaración.

Detuvo el auto justo en frente de Don Ramón y una nube de polvo lo cubrió.

—¿Sos boludo Gastón? ¡Cómo lo vas a llenar de tierra así! —le dije mientras bajaba del auto, sin esperar siquiera que se disipara el polvo, como para demostrar que no me importaba llenarme de tierra.

—Don Ramón —le dije acercándome por el frente del auto—, quería hablar dos palabritas con usted antes de irme...

El hombre se incorporó casi de un salto.

—Díga, dotor. ¿Qué necesita? —me dijo mientras me miraba con un gesto entre sorpresa y susto— ¿Qué ha pasao? ¿Alguien le ha dicho algo de mí?

—Sí, alguien me dijo algo de usted —comencé mi respuesta, poniéndole la mano en el hombro como gesto para tranquilizarlo—. Me dijeron algo de usted, pero nada grave o de qué preocuparse. Me contaron que usted hace un trabajo muy importante acá en el Basural, que gracias a usted el supervisor puede saber cada día cuántos camiones entran al predio... —dije como alentándolo y en tono de felicitación, pero claramente tratando de manipular la situación—. Pero —proseguí con un tono un poco más grave— también me dijeron que usted no sabe leer ni escribir. Y me puse a pensar que, si siendo analfabeto usted hace un trabajo tan importante, si pudiera leer y escribir podría hacer muchas otras cosas. ¿No le gustaría aprender?

Dije mi alocución de corrido y casi sin mirarlo, tratando de entusiasmarlo con mis palabras, pero al mismo tiempo tratando de no darle

mucha importancia a lo que decía, como parte de mi estrategia de manipulación que ni siquiera sabía si era necesaria.

—Así que por ahí venía la cosa —dijo Don Ramón agachando la cabeza y dibujando una línea en la tierra con su pie derecho—. Mire m'hijo —dijo con un tono condescendiente—, yo ya tengo sesenta y tres años, ya hice mi vida y laburé siempre de la misma forma, así me gané el pan, y nadie nunca se ha quejado... asique deje nomas m'hijito, así estoy bien.

—No lo tome a mal, mi amigo —repliqué apenas terminó de hablar—, yo no soy quién para venir a darle consejos, siempre respeté la experiencia de los mayores. Pero justamente, usted tiene sesenta y tres años, en un par de años más se va a jubilar y, si me hace caso y con un solo curso que haga de los que se dictan en la misma Municipalidad, en unos meses puede leer y escribir y así mejorar su categoría laboral.

—¿Y eso pa' qué me sirve, doctor?

—Mire Ramón, con una mejor categoría mejora su sueldo y tendrá una mejor jubilación. ¿Dígame si unos pesos más no le vendrían bien? —dije mientras veía que una sombra de duda aparecía en sus ojos y con la mano derecha se frotaba el lóbulo de la oreja. Yo sabía que unos pesos más en el bolsillo de trabajadores que cobran sueldos bajísimos era una carta que, por lo menos, lo dejaría pensando.

—¿Seguro que si aprendo me van a pagar unos mangos más?

—Seguro, Don Ramón, confíe en mí. Y ahora lo dejo, tengo que irme.

Dije estas palabras mientras estrechaba su mano y me encaminaba al auto.

—¿Y ande dictan los cursos esos para aprender a leer? —me preguntó antes de que subiera al coche. Al escuchar su pregunta me di por satisfecho. Por lo menos se iba a quedar pensando en hacer el curso.

—A la vuelta del Corralón Municipal, en la Dirección de Capacitación Municipal, un edificio de color verde —le dije casi gritando desde el otro lado del auto.

—Ah, ya sé... me queda cerca de las casas.

Esa última frase la escuché casi como una confirmación de que asistiría y subí al auto esbozando una sonrisa. “Algo bueno puede salir en medio de tantas carencias”, pensé en silencio y solté un pequeño suspiro de satisfacción, mientras agarraba el teléfono para chequear los mensajes de

WhatsApp, aunque mi cabeza se había quedado con el hombre sentado en la piedra.

## Capítulo II

Nahuel tiene veinte años. Es bastante flaco, no tan alto, aunque su delgadez lo hace parecer más alto de lo que realmente es. Pelo castaño oscuro y lacio, tez blanca y rasgos que lo muestran como un chico bien parecido. Llamaban la atención sus ojos, no tanto por su color sino más bien por lo profundo de su mirada. Y en esa profundidad, una indisimulable tristeza que la vuelve enigmática y oscura.

La cocina comedor de la casa está en penumbras, aunque es mediodía del sábado. Una penumbra generada a propósito, para evitar que el implacable sol riojano convierta el pequeño espacio en un horno. Unas viejas cortinas cubren la única ventana que da a la calle, que en ese tipo de casas (casas construidas por planes estatales en donde apenas cabe una familia) es la única ventilación del ambiente, por lo que, al cubrirla, la penumbra gana el espacio, pero al mismo tiempo el calor se hace más soportable.

La pareja estaba en silencio y el único sonido que se escuchaba en el ambiente era el de un viejo ventilador que, desde un rincón, movía un poco el aire.

—Viejo —dijo la mujer sin sacar la vista de la olla en la que cocinaba—. ¿Podés llamarlo a Nahuel? Vamos a comer, los fideos ya están y si se pasan son horribles...

Ramón se levantó de la silla, caminó tres pasos por el corto pasillo hasta el frente de una puerta que golpeó...

—Hijo, metele... vení que ya está la comida.

Diez minutos después, ya ubicados los padres y con el plato de fideos en frente, Nahuel se sentó a la mesa. No emitió palabra alguna, tomó el tenedor con la mano derecha, el cuchillo con la izquierda y comenzó a cortar los fideos para luego comerlos directamente con el tenedor.

—¿Están ricos? —preguntó la madre buscando más iniciar una conversación con su hijo que aprobación a su comida.

—Mmm... están buenos, vieja. —fue la respuesta de Nahuel.

La madre asumió que esa respuesta la habilitaba a continuar la conversación.

—Escuché que te levantaste tempranito esta mañana —dijo la madre aun sin haber tragado todo el bocado que masticaba y limpiándose la boca con una servilleta de papel—, pero no saliste de tu pieza ni un ratito. ¿Qué hacías, negro?

—Estaba leyendo, vieja.

—¿Algo de la escuela?

—No, otra cosa. Un libro que bajé en el celu ayer en el profesorado... como ahí tengo wifi, lo bajé de una.

En ese momento, el padre aprovecha el comentario para sumarse a la conversación:

—Te cuento algo negro, ya que ‘tas hablando de leer. La semana pasada empecé un curso que dan en la Muni para empleados que no sepan leer ni escribir. Y si Dios y San Níco quieren, en cuatro meses voy a poder leer y también escribir.

Ramón lo dijo con un tono orgulloso, pero al mismo tiempo buscando la aprobación de Nahuel, como si la aprobación del hijo fuera lo que necesitaba para reafirmar que la decisión de empezar el curso había sido la correcta. Nahuel, que hasta ese momento movía mecánicamente el tenedor con comida a su boca, se detuvo un instante y sin levantar la vista del plato comentó:

—Mirá vos, viejo, no sabía nada... bah, sabía de esos cursos, pero ni en pedo me imaginé que vos después de los sesenta tuvieras ganas de aprender a leer y escribir —la monotonía de su voz dejaba entrever cierto reproche disfrazado de sorpresa y, apenas terminó su última palabra, se llevó un trozo de pan a la boca.

El padre contestó rápidamente:

—Sí, ya sé que estoy viejo, pero me han dicho de esos cursos y se me ha ocurrido que era importante aprender, por ‘ai me sirve pa’ mejorar en el trabajo y hasta ganar unos mangos más —en este punto, Ramón ya solo quería justificar su decisión frente al muchacho y continuó diciendo:

—En unos meses hasta me podís prestar algunos de esos libros que metes en el teléfono y lo leímos los dos... —terminó la frase con una mueca que simulaba una sonrisa dirigida a su hijo y mirando a su mujer de

rejo, la que sonrió no muy convencida, quizás anticipando lo que pasaría a continuación.

—Mirá, viejo —los ojos de Nahuel miraban fijo al padre—, vos hacé lo que te pinte, pero me parece una pelotudez que pierdas tiempo en aprender a leer y escribir a esta altura. En vez de eso podrías buscar alguna changa a la tarde para juntar más guita. Con tu sueldo de mierda y los dos mangos que gano yo apenas llegamos para el morfi. Justo ayer la vieja me decía que estaba pensando en empezar a planchar para afuera porque ya no alcanza la guita... está todo bien, pero me parece al pedo que arranques con primer grado ahora —el tono de su voz se había elevado sin llegar a gritar, pero su normal calma y apatía habían desaparecido.

—¿Quién te entiende, chango? —el entusiasmo del padre había desaparecido y con sus hombros caídos parecía haber envejecido diez años desde el comienzo de la discusión—. Cuando empezaste el profesorado nos pusimos chochos con la vieja, ibas a seguir estudiando para ser alguien en la vida, y nos dijiste también que era importante superarse día a día... esas palabras escuchadas de la boca de tu hijo es algo que da un montón de orgullo —hizo una pausa, tomó aire y continuó—. Pero ahora que yo quiero apriender me salís con esto, no entiendo pa' qué te ponés así.

—No me pongo “así”, viejo —dijo Nahuel apoyándose en el respaldo de la silla y tirando la cabeza hacia atrás—, pasa que no es el momento, hay otras cosas primero. Mejor hagamos algo —dijo acomodándose en la silla y apoyando las manos en la mesa—, vos seguí boludeando con esto de aprender a leer “mi mamá me mima” y yo largo el profesorado y me busco otro laburo porque con el programa<sup>2</sup> de mierda ese que me conseguiste en la Muni no me alcanza ni para comprarme un par de medias. Ayer el Beto del taller de la vuelta me dijo que necesitaba gente para trabajar.

—¡Tas loco pa' la mierda, Nahuel! —gritó Ramón golpeando la mesa y sin ocultar su enojo—. Vos seguí en la escuela y ni te asomá al taller del Beto ese. Sabís bien que lo que menos hacen en lo del Beto es arreglar motos, está todo el día vendiendo faso a los changuitos para cagarles la vida... ¿a vos te parece? —dijo levantando los brazos y mirando a su esposa.

—Calmate, viejo —dijo la mujer, haciendo fuerza para no llorar— te va a caer mal la comida.

—Mira m'hijo —Ramón trató de calmarse un poco para seguir hablando—,

no podís dejar de estudiar, de eso depende tu futuro, y si tanto te jode lo que estoy haciendo, lo dejo y listo. Lo que quería era mejorar en el trabajo pa' tené una mejor categoría. Con mejor categoría mejor sueldo, y con mejor sueldo mejor jubilación —todo esto Ramón lo decía mientras movía sus manos en el aire, como marcando etapas—. Puedo tener una mejor jubilación, y cuando yo me vaya de la Muni vos podé entrá en mi lugar por esa ordenanza que hay pa' que los hijos entren en lugar de los padres que se jubilan y entonces vas a entrá con una categoría buena. Y además, m'hijo —Ramón había bajado la voz y claramente trataba de enfriar la discusión —, cuando vos entrés en mi lugar vas a tener un sueldo seguro y obra social, vas a poder sacar crédito en Banco Rioja, capaz te podés comprar la compu que tanto querís... apenas me faltan dos añitos pa' jubilarme.

—Entrar en tu lugar y ganar la mierda que vos ganas por un trabajo que es una cagada. Y pasarme la vida esperando que un político aumente un poco los sueldos y no poder darle a mi familia ni un poco de dignidad, bah... si es que se me ocurre la pelotudez de formar una familia...

Claramente, Nahuel no quería bajar el tono de la discusión. Y ya no discutía con su padre, discutía con la vida que le había tocado vivir, discutía con la frustración de no ver un futuro, discutía con él mismo o con el universo, que en este tipo de discusiones es casi lo mismo.

—Siempre supe que no podía darle a vos y a tu madre todo lo que necesitaban, pero dignidad nunca faltó en esta casa, chango, no sabía que pensabas eso —los ojos del padre parecían dos pozos de sombra y hablaba más desde el dolor que desde el enojo.

—Dignidad, viejo, dignidad... —repitió Nahuel meneando la cabeza de un lado a otro—, es una palabra nomás, laburás como un burro, te pasaste la vida en un trabajo de mierda, mirando pasar camiones de basura... si esa es tu idea de dignidad, dejá nomás, papá, yo voy a hacer la mía —dijo el muchacho levantándose de la silla y dirigiéndose decidido hacia su cuarto. Pero antes de dejar el comedor, giró y mirando a su padre remató la discusión buscando más herir que tener razón:

—Y otra cosa, para que te quede claro y no hablés boludeces, esa ordenanza de la que hablás, en la que el hijo de un empleado municipal entra en su lugar, es en caso de que el empleado se muera, no que se jubile, o sea que en la puta vida voy a entrar en planta permanente, en la puta vida....

—¿Tas seguro? —atinó a decir el padre antes de que el muchacho dejara el

comedor, ya casi sin ganas de seguir discutiendo y mucho menos de comer fideos.

—Sí, papá, estoy seguro. Para que yo entre vos tenés que morirte y dejarme tu lugar... ¡tenés que morirte papá! —dijo Nahuel y cerró con un golpe la puerta de su cuarto<sup>3</sup>.

—Levantá nomas el plato, vieja, guardalo pa' la noche, ahora se me fue el hambre —dijo Ramón alcanzándole con una mano el plato de fideos a la mujer—. Yo creí que pa' las jubilaciones también corría esa ordenanza — quedó con la mirada perdida en un punto de la pared, mientras en su cabeza seguía resonando la última frase de su hijo... “tenés que morirte, papá”.

### Capítulo III

Era lunes, el invierno ya se estaba yendo, y las primeras flores de lapacho anticipaban una primavera que parecía inminente, a pesar de lo fresco de esa mañana de agosto. Apuré el paso e ingresé al edificio de la Escuela de Capacitación Municipal. El acto de entrega de Decretos de Recategorización estaba convocado para las ocho y media de la mañana. Faltaban diez minutos aún para esa hora, pero el panorama de los empleados de ceremonial que recién estaban instalando cables y micrófonos me hizo presagiar que el comienzo del acto se demoraría. Confirmé mi temor cuando la Directora de Ceremonial se me acercó:

—El intendente va a llegar a las nueve —me dijo en un tono que era casi un reproche por mi presencia temprana.

—Quedate tranquila —le dije—, vine temprano para hablar con la gente. No te hagas problema.

Lo que le decía no era del todo falso, de verdad que en este tipo de actividades me gustaba hablar con los involucrados, y más cuando se daban beneficios a trabajadores por haberse capacitado. Pensando en esto caminaba por el patio del edificio cuando me acerqué casi sin notarlo a un muchacho de unos veinte años sentado en un cantero, concentrado en el celular que tenía en su mano derecha y abrigado por una campera con el escudo de la municipalidad en su pecho. Deduje que era un trabajador de los nuestros.

—Buen día. Son abrigadas, ¿no? —hice la pregunta sabiendo que era una de las camperas que habíamos entregado a los trabajadores al principio del invierno como ropa de trabajo, camperas de no muy buena calidad pero que eran de tela polar, lo que garantizaba que fueran calentitas.

La campera del muchacho particularmente se veía en buenas condiciones, lo que me hizo ir al siguiente comentario tratando de romper el hielo y comenzar una conversación:

—Está nuevita la tuya, se ve que la cuidas bastante, he visto otras que ya están llenas de agujeros.

Apenas levantó la vista del celular para mirarme, sin estar muy seguro aún si me dirigía a él con mi pregunta.

—Ah, de la campera me dice... sí, es calentita. Y está nueva porque mi vieja me la lava a mano.

—Mira qué bien tu mamá, cómo cuida la ropa...

—No, lo que pasa es que se nos cagó rompiendo el lavarropas de casa hace cuatro meses y los repuestos son re caros... por eso lava a mano.

Incómodo por su respuesta, traté de cambiar de tema:

—¿Estabas en el Instagram en el celu o con algún jueguito?

Se sonrió antes de contestarme y me dijo:

—¿Por qué será que la gente de tu edad siempre cree que cuando un pendejo está mirando el celular está boludeando? A lo mejor estoy haciendo algo diferente...

No sé si me molestó su tono, o que diga “gente de tu edad”, pero decidí no seguir la conversación. Estaba a punto de darme vuelta para alejarme cuando el muchacho me dice en un tono más cordial:

—No se encule, jefe, estoy leyendo un libro porque tengo que hacer un resumen para el profesorado, estoy cursando el de Historia y Letras. La frase me hizo volver a la conversación y me despertó cierto interés en su historia.

—Mirá, qué bueno —le dije con entusiasmo—. Te felicito, laburar y estudiar requiere una fuerza de voluntad que no muchos tienen. Bah, en realidad estoy suponiendo que trabajás en la Muni por la campera que tenés puesta...

—Sí, trabajo en la Dirección de Mantenimiento de Vía Pública, barriendo, soy programa hace un par de años. Me lo consiguió mi viejo en la última elección.

—¿Cómo te llamás? ¿Quién es tu viejo? —le pregunté intrigado al muchacho, mientras metía las manos en los bolsillos para calentármelas un poco.

—Me llamo Nahuel, Nahuel de La Vega, mi viejo es Ramón de la Vega y trabaja en el Predio...

—Lo conozco a tu viejo —lo interrumpí—, lo conocí un día que fui al basural... muy buen tipo tu viejo, muy laburante. —Me quedé pensando y continué— Ahora entiendo por qué estás acá, lo viniste a acompañar en la entrega de su decreto de recategorización.

Me contestó afirmando con la cabeza, pero sin emitir palabra, por lo que proseguí.

—Muy meritorio lo de tu viejo, terminar la primaria a su edad, tener ganas de mejorar su situación... —me sentía un poco parte de su logro por aquella conversación de hacía unos meses en el basural.

Antes de que el muchacho perdiera interés en nuestra charla le pregunté:

—¿Y qué estás leyendo, Nahuel?

—El Mito de Sísifo, de Camus.

Me sorprendió el libro que leía. Lo había leído hacía años y no me había parecido un libro fácil de leer. Por un segundo pensé: “El padre acaba de aprender a leer y escribir, y el hijo lee Camus...”.

—Ah, es un libro bastante pesado... —dije y él me miró de frente, levantó las cejas y abrió grandes los ojos como preguntando “¿por qué?”— Lo digo por la temática que toca, las preguntas existenciales que plantea el autor, pero es un gran libro —terminé diciendo<sup>4</sup>.

—Es un libro pesado, pero bastante real —replicó Nahuel.

—¿Por qué decís que es bastante real?

—Y sí... todos vamos por la vida un poco como el chabón este, Sísifo, haciendo cosas sin saber mucho por qué las hacemos. Y sin saber, o a veces sabiendo, que es al pedo que las hagamos, al final del camino a todos nos espera lo mismo. Algunos, como Sísifo, empujan una piedra grande hasta arriba de un cerro, otros se pasan todo el día tirando piedras más chicas dentro de un tarro... cambia el tamaño de las piedras nomás, jefe, pero a mí me parece un libro bastante real.

La obvia asociación que hizo entre la fábula de Sísifo y la tarea que a diario hacía su padre me hizo dar cuenta de que estaba ante un chico de una inteligencia superior al promedio, pero al mismo tiempo muy atribulado y un poco oscuro. Rápidamente, repliqué:

—Sí, pero Camus termina concluyendo que más allá de las penurias de la vida, lo importante es seguir viviendo, algo así como que más allá de la calidad de vida, importa la cantidad de vida. A pesar del castigo que le impusieron los Dioses, Sísifo sigue empujando la piedra y en algunos momentos, cuando llega a la cima por ejemplo, es libre por algunos segundos. —le dije esto acomodando mis recuerdos del libro que había leído hacía tantos años, para que el mensaje fuera un poco más alentador. —Todavía no termino de leerlo, pero ¿sabés qué?, yo creo que el castigo de los Dioses para el chabón fue la Eternidad y no tanto empujar una piedra. ¿Sabés lo que debe ser tener que hacer un laburo pesado y que no te gusta por toda la eternidad? Trabajar en un basural eternamente, barrer las calles eternamente... te volvés loco, pá. En eso creo que estamos mejor que el Sísifo este, nosotros podemos terminar con el castigo en cualquier momento.

Justo cuando estaba por contestarle al chico, sentí un toque en mi espalda y me di vuelta.

—¿Cómo le va, jefe? —era Ramón, vestido con un pantalón azul, una camisa blanca y una campera negra, se notaba que estaba usando sus mejores prendas, pero que la ropa tenía varios años ya.

—¡Qué pinta Ramón! —exclamé cuando lo vi y le estreché fuerte la mano.

—Sí, estamos de punta en blanco —dijo abriendo levemente los brazos y las manos y mirándose a sí mismo—. Veo que lo conoció al chango mío, al Nahuel.

—Sí, justamente estaba hablando con él.

Nahuel aprovechó para volver con sus ojos al celular y Ramón tomándome del brazo me apartó del muchacho.

—Sí, es un buen changuito, un poco retobado como los jóvenes de ahora, pero es bueno... hasta vino hoy a acompañarme. Anda medio tristón porque se ha dejao de la novia, pero ya se le va a pasar. Vea, jefe —me dijo acercándose y casi susurrando—, yo quiero dejarle mi puesto cuando me jubile. Estaba esperando tanto este día, en el que me dan la categoría más alta, porque así el Nahuel entra con la mejor categoría... vio que hay una

ley que dice que los hijos pueden entrar por los padres cuando dejamos la Muni... o algo así.

—Sí, hay una ordenanza —le dije también en voz baja—, pero solo aplica ante el fallecimiento del empleado, no de su jubilación.

Mi afirmación hizo aparecerle un semblante de clara preocupación. Con la mirada fija en el suelo, Ramón me dijo:

—Sí, algo de eso me había dicho el Nahuel, pero pensé que estaba errado... me dijo que tengo que morirme para que entre él en mi lugar, jefe... que tengo que morirme —repitió en voz baja.

—Dejá de pensar y decir macanas, Ramón, vos te vas a jubilar y el chango tuyo de una forma u otra va a conseguir laburo y va a estar todo bien —traté de mostrarme convencido, aunque sabía que era una promesa de político, de muy difícil cumplimiento.

El acto se desarrolló como todos los actos de ese tipo, sin mayores sobresaltos. Pero a pesar de los discursos y aplausos, mi cabeza estuvo en otro lado todo el rato. Pensando en Sísifo y su roca, en Ramón o Nahuel tirando piedras dentro de un tarro todos los días, en un padre que apenas sabe leer y un hijo que lee Camus. Un padre que quiere mejorar el futuro de su hijo pero que lo termina condenando a una vida gris y chata... pero sobre todo me volvía a la cabeza la frase de Nahuel: “El castigo es la Eternidad... nosotros podemos terminar con el castigo en cualquier momento”.

## Capítulo IV

Ramón.

Hacía dos días le habían entregado el decreto de recategorización y Ramón sentía que se había cerrado su etapa municipal. En la penumbra de su casa, sentado al borde de la cama, pensaba en los casi treinta años que había pasado como empleado, los amigos que había hecho, los jefes que había tenido. Seguía sintiendo el orgullo del trabajador que sabe que cumplió con sus tareas y la dignidad de que con esfuerzo pudo lograr ser alguien en la vida. No era poco, era categoría 24 de la Municipalidad, la más alta a la que podía aspirar un trabajador del municipio.

Nahuel.

Hacía dos días que había presenciado el acto donde a su padre, con bombos y platillos, le daban un papel que decía que había llegado a la más alta categoría de empleado municipal. Y todos lo aplaudieron como si fuera un gran honor y mérito. No le encontró sentido a todo ese acto, a las lágrimas emocionadas de su madre, a los abrazos de los compañeros de su papá felicitándolo, no era enojo con su padre lo que sentía, más bien era una sensación de frustración... una frustración rara. Por lo general, uno se frustra con cosas que hizo o que hace en el momento, pero la de Nahuel era una frustración anticipada, diría preventiva, lo frustraba el futuro que veía para sí mismo, el futuro al que parecía condenarlo el destino de haber nacido donde nació, el futuro que su padre soñaba para él y que para él era una pesadilla. Hacer día tras día durante toda la vida un trabajo sin sentido, intrascendente para que dentro de treinta o cuarenta años, como reconocimiento, te den un papel que diga que hiciste bien esa mierda.

Esto pensaba Nahuel, sentado en la punta del pupitre del aula donde a diario tenía clases. Estaba solo, era la hora del segundo recreo y recién habían salido todos sus compañeros al patio. Solo quedaba él en el salón y el reflejo deformado de su cara en el vidrio trizado de la ventana, solo él y su frustración de joven con alma vieja...

Ramón.

“Tenés que morirte”. Desde que Nahuel había dicho esas palabras, el día que discutieron en casa, esas tres palabras resonaban en su cabeza. Si bien su hijo se las había dicho explicándole cómo funcionaba una Ordenanza Municipal, para Ramón esas tres palabras, con los días, las semanas y los meses, fueron tomando otro significado, se fueron convirtiendo en un mandato, en una orden: “tenés que morirte”.

Y sí, venía pensando en esto desde hacía unos meses, le quedaban solo un par de años de trabajo solamente, había vivido una buena vida, había tenido buenos momentos. Se le vino a la cabeza el primer beso que le dio a Mercedes, “Qué linda era Mercedes, la más linda del barrio”. Se acordó cuando le dieron el decreto de designación en la Muni, “Qué alegría tenía ese día”. Se acordó de aquel gol de cabeza que hizo en la final del torneo interno de la Muni, “¡Qué golazo! Entró justo al ángulo, y encima para ganar en el último minuto... qué alegría tenían los changos”. Vino a su cabeza el recuerdo de la primera vez que lo vio a Nahuel en la maternidad,

recién nacido, hermoso, chiquitito, frágil, desde ese día supo que iba a vivir por esa personita, que todo lo que hiciera sería por él... “Todavía sigue siendo frágil”, pensó mientras estiraba la mano buscando algo a su costado. Había vivido por y para Nahuel, y ahora le tocaba morir por Nahuel, pensó mientras sentía el frío del revólver en la mano, un arma herencia de su abuelo que nunca había disparado pero que con decisión empuñaba en ese momento...

“Vamos mierda, no seas cagón”, pensó mientras levantaba el revólver y se lo acercaba a la sien derecha, al mismo tiempo que se preguntaba “¿Funcionará todavía este fierro viejo?”

“Tengo que meterle ahora nomás, ahora que no está nadie en la casa, la negra debe estar por volver de la calle y el Nahuel está en el profesorado. Debe estar en el segundo recreo.” Más de una vez había pasado a dejarle una merienda al chico y conocía todos sus horarios. Se lo imaginó en el patio de la escuela riéndose con sus compañeros y terminó por apoyar la punta del revólver en su sien esbozando una sonrisa.

Nahuel.

Nahuel metió la mano en su mochila buscando algo. “Ya debe estar por terminar el recreo, me tengo que apurar”, se dijo, mientras levantaba la vista hacia la parte superior de la ventana que tenía a su izquierda, pegada al pupitre donde estaba apoyado.

“Al final es todo lo mismo”, pensó el muchacho. “Esta sensación de que todo es la misma cagada, que no importa lo que hagamos, el final está escrito y la vida no sirve pa’ mierda. Esta sensación también la debe haber tenido el griego que escribió la fábula de Sísifo y la debe haber tenido el Camus ese”.

“Esa cagada debe ser de las cosas más universales que le pasan al hombre, y me cago en los griegos y en Camus que se la pasaron escribiendo al pedo...”

“Angustia existencial”, le había dicho su profesora que se llamaba eso que sentía... quería parar de pensar pero no podía, su cabeza era un pensamiento negativo tras otro.

“Esa angustia y el amor”, se dijo mientras se acordaba de Brenda, su noviecita que lo había dejado hacía un par de semanas atrás. “Aunque el amor al final es parte de la misma mierda, tenés momentos buenísimos,

pero siempre se termina sufriendo”, pensaba todo esto mientras, parado en puntas de pie sobre el pupitre, estiraba lo más que podía sus brazos para alcanzar un hierro que sobresalía del ventiluz más alto de la ventana. De ese hierro enganchó la sogá que había sacado de la mochila. La sogá que era la hamaca de su niñez, colgada de la mora del fondo de su casa, la mora que le daba sombra a sus padres mientras tomaban mate y lo veían a él hamacarse y matarse de risa.

Ese par de recuerdos lo hicieron dudar. Comparó el vaivén alegre de su infancia y el vaivén fatal que en pocos minutos se imaginaba de la sogá. Rápidamente continuó su tarea y, ya enganchada la sogá en el hierro que sobresalía de la ventana, se colocó alrededor del cuello el lazo que había hecho en el otro extremo. Y parado sobre el pupitre pensó “¿Aguantará mi peso esta sogá de mierda?”

Ramón.

Le transpiraban las manos, le temblaba todo el cuerpo, pero estaba decidido a hacerlo. No podía dudar ahora, volvió a los recuerdos lindos, y sobre todo pensó que con lo que estaba por hacer le daba un futuro un poco mejor a su hijo. Él ya había vivido, ahora le tocaba a Nahuel y lo veía tan perdido, tan solo, tan enojado con la vida que se convenció que la única forma de salvarlo era darle alguna certeza, algo que realmente fuera de él, un trabajo seguro... qué cosa mejor podía dejarle. Con estos pensamientos en la cabeza puso firme su brazo, apoyó con rudeza el caño del revólver en la sien. “Tenés que morirte”, repitió las palabras que ya no eran de Nahuel sino suyas. Justo en ese momento sintió la llave en la puerta de entrada, su mujer volvía a casa... justo en ese momento comenzaba a apretar el gatillo.

Nahuel

Un sudor frío le corría por la espalda, pero estaba tranquilo. Convencido de que lo que estaba por hacer no cambiaba en nada el futuro, que el mundo seguiría girando. El mundo chiquito, el que lo rodeaba, y sobre todo el mundo más grande, ese mundo que no tiene conciencia de la existencia de cada uno de nosotros. Pensaba esto mientras, con la sogá al cuello, comenzó a mover sus pies sobre el pupitre donde estaba parado. Buscaba que se cayera y que sus pies quedaran apoyados en la nada, para que la sogá, en su garganta, hiciera el trabajo de terminar con todo. “El

único castigo es la Eternidad”, pensó en el último instante antes de que el pupitre cayera, justo cuando el timbre anunciaba el fin del recreo y la vuelta de sus compañeros al aula...

## Epílogo

No tiene mucho sentido contar las tristes imágenes y el luto después de aquel fatídico día. Los dos féretros, uno al lado del otro, en el velatorio que obviamente se hizo en la Dirección de Higiene Urbana.

A mí me costaba entender lo que había sucedido, no podía digerir la magnitud de la tragedia. Sin embargo, en lo único que pensaba parado frente a los féretros era en las pocas probabilidades estadísticas de que un padre y un hijo se suicidaran el mismo día, casi a la misma hora, en diferentes lugares y por diferentes motivos.

Hubo unas palabras de despedida del intendente. Habló de la entrega de los difuntos por el municipio y de que Mercedes, esposa y madre de los fallecidos, iba a pasar a ser empleada municipal. Todo gracias a su decisión, basada en la ordenanza que disponía que, ante el fallecimiento de un empleado municipal, un familiar podía ocupar su lugar.

Incluso, se acercaron al intendente las autoridades del gremio a decirle que, como eran dos los fallecidos, correspondía que se dé otro nombramiento. Y que había un chico en Higiene Urbana al que Ramón quería como un hijo, así que entonces resultaba deseable que lo nombraran a él también. La Municipalidad (y creo que la vida) podía ser muy bizarra. Podías estar en el momento de mayor dolor y al mismo tiempo alguien estaba pensando en qué provecho sacar de esa situación. “Es que la vida sigue, doctor”, me dijo el delegado gremial cuando le dije que no era el momento de pedir eso, que tenga un poco de respeto con los difuntos... pero sí, al final tenía razón, la vida siempre seguía.

Unos meses después volví a visitar el basural municipal, no recuerdo muy bien los motivos. Creo que era algo relacionado con una máquina para moler plástico que se había comprado. Lo cierto es que fui ya entrada la tarde, manejando solo porque ya no era horario laboral y mi chofer no estaba. Hice lo que tenía que hacer y, cuando me retiraba del predio, vi al costado izquierdo la gran piedra donde solía sentarse Ramón a cumplir su

rutina diaria. Sin pensarlo mucho, detuve el auto y me paré frente a la roca. Bajé del coche y me senté en el lugar donde había visto por primera vez a Ramón.

Me quedé mirando hacia el Oeste, hacia la calle de tierra por donde ingresaban los camiones de recolección. Pero mirando un poco más allá de la calle, deteniéndome en la vista que tenía desde mi asiento... el paisaje era maravilloso. El sol se estaba escondiendo detrás de la sierra del Velazco y sus rayos parecían dibujar el contorno del cerro. El rojo de la tarde mezclado con el azul de las montañas era como un fuego que envolvía todo. Poco importaba la pobreza del basural circundante, o la fetidez del ambiente, ante esa inmensidad. Cada pico, cada quebrada, era un espectáculo impactante al mismo tiempo que sobrecogedor. Uno miraba eso y sentía que quería quedarse ahí para siempre.

Pensé en Ramón, terminando cada día de trabajo con el regalo de ser testigo de este paisaje y tuve una sensación no de felicidad, pero sí de alivio. La belleza que acababa de presenciar y que seguramente Ramón contempló a diario, hacía que valgan la pena los sinsabores y los sufrimientos.

Son esos pequeños momentos de belleza, que aparecen cuando no los esperamos y en los lugares que menos nos imaginamos, los que le dan algo de sentido a la vida. Le dan algo de sentido a esta tarea de empujar una roca colina arriba sabiendo que al llegar a la cima caerá.

No quería que se me hiciera muy tarde, así que me dirigí al auto. Justo en ese momento, un camión de recolección ingresaba al predio, el chofer me saludó con la mano sin detenerse. Habrá pensado “qué hace este boludo aquí solo en el medio de la nada”. No sé si fue mi imaginación, pero cuando el camión pasó y el ruido del motor disminuyó, escuché clarito el sonido de una piedra contra una lata. El sonido de una piedra cayendo dentro de un tarro. Miré a un lado y al otro y obviamente no había nadie... subí al auto y sonreí.

# Por fin, el fin

## **Cómo contactarme**

- Web. Versiones digitales de mis libros, descargables en forma gratuita.

[jmguerrera.com.ar](http://jmguerrera.com.ar)

- Blog. Los relatos de este libro, traducciones y más, listos para compartir.

[medium.com/@jmguerrera](https://medium.com/@jmguerrera)

- Email. Para escribirme y contarme qué te pareció el libro.

[jmguerrera@gmail.com](mailto:jmguerrera@gmail.com)

- Instagram. De vez en cuando hago sorteos de libros.

[@jmguerrera](https://www.instagram.com/jmguerrera)

-

## **Podés ayudarme mucho si**

- Me escribís y me contás con total honestidad qué te pareció el libro. Sin dudas, tanto las críticas positivas como negativas me ayudarán a mejorar en el futuro. Los puntos que siguen son solo relevantes si el libro te gustó.

- Contribuís con este «libro a la gorra» (ver página 1).

- Te sumás a la financiación colectiva (*crowdfunding*) de mis próximos libros:

- - Comprando libros firmados por adelantado.

- - *Acompañando* algún relato de mis próximos libros. De esta forma, podrás cumplir el siempre postergado sueño de convertirte en un (mini) mecenas. Ejemplos de este formato ya pueden encontrarse en este mismo libro, como notas al pie al final de los primeros dos relatos.

- Hacés circular este libro.

- Me ayudás a repartir mis libros entre tus amigos lectores. Puedo darte un pilón.

- Compartís en redes sociales:

- - Tus cuentos favoritos. Los encontrarás publicados en mi blog, ¡googlealos!

- - Una foto del libro.

- Dejás una crítica del libro en plataformas como GoodReads.

- Me ponés en contacto con alguna editorial a la que pueda interesarle publicar este libro, los anteriores o los próximos.
- Me ayudás a traducir los relatos a tu idioma.

### **Libros de mi autoría**

*Punto Rosalía (2016)*

*Una aventura miserable (2017)*

*Esto no va a ser fácil (2018)*

*Sucesión de despertares en una ciudad desconocida (2019)*

*Libro del futuro (2020)*

*La ansiedad detrás de todo (2021)*

*Expulsado del País de los Lectores (2021)*

*Entrada digna a los mares del Sur (2022)*

*India piramidal (2023)*

*Rimas para afrontar un rechazo (2024)*

Libro original en desarrollo (noviembre 2025)

### **Libros selección de mi autoría**

*La maldad imperceptible (2020)*

*Los malditos genios (2021)*

*Demasiado ruido en la mañana (2022)*

### **Libros selección temáticos de mi autoría**

*Viaje de regreso a las postales (2023)*

*Una extraña fuerza (2024)*

Libro selección en desarrollo (marzo 2025)

### **Ilustración de tapa**

El autor de la maravillosa ilustración de tapa es Mariano Jofré. A Mariano le gusta dibujar y pintar. Su cuenta de Instagram es @jofremariano

### **Agradecimientos de esta edición**

*«Agradece a la llama su luz,  
pero no olvides al pie del candil que, constante y paciente, la sostiene en la  
sombra.»*

*Rabindranath Tagore*

A los lectores, por su apoyo.

A María Mercedes Guerrero, mi hermana, por revisar mis textos y por ayudarme a buscar la profundidad que puede llegar a haber en ellos. Es escritora, recomiendo sus libros.

A Oto, por ayudarme en cada uno de los aspectos de este libro. Sin su ayuda, todo sería más difícil.

A Mariano Jofré, por encargarse de que las tapas del libro sean hermosas. Su humildad y generosidad son admirables.

A quienes me ayudaron a traducir algunos de los escritos a otros idiomas. Esas traducciones están disponibles en mi blog.

A mis viejos, los incondicionales.

A quienes todavía no me ayudaron, pero que pronto lo harán.

## **Breve biografía**

*«...no hay desnudez más genuina y terrible que la expresión artística, si es auténtica; toda obra de arte es una autobiografía, no en el sentido literal de la palabra, sino en el sentido más profundo y grave: un árbol de Van Gogh es Van Gogh, es su propia y desnuda alma ante nosotros.»*

*Ernesto Sabato*

Si Sabato está en lo cierto, podrán conocerme más leyendo los cuentos de este libro que las pocas líneas que siguen. Aun así, voy a escribirlas, porque mis consejeros más comprometidos insistieron con que «me deje de joder con Sabato y Van Gogh, la gente quiere datos concretos».

Siempre escribí, desde que aprendí a hacerlo en 1989, a la tierna edad de seis años. Comencé a publicar mucho después, algo así como a los dieciocho. Primero, lo hice muy informalmente, con humildes fotocopias, luego en un periódico barrial y más tarde en un par de blogs. Desde 2016, publiqué varios libros.

Nunca participé de un taller literario. Eso quizás explique el resultado de este libro, sea cual sea. No es que me oponga a hacerlo, todo lo contrario, pero siempre que dispongo de tiempo para la literatura, prefiero dedicarlo a escribir o a leer.

Tampoco me opongo a publicar con una editorial, pero el trabajo de encontrar una es un proyecto en sí mismo, por lo general arduo y poco

relacionado a la literatura. Por suerte, o por determinación, existen caminos alternativos.

Hace mucho tiempo, cuando publicaba en fotocopias, solía participar de concursos literarios. Pero ya no lo hago, por varias razones, como lo tedioso de los procesos de participación y mi desconfianza instintiva e injustificada hacia los jurados.

Por eso, o porque no soy tan bueno, no he ganado premios ni reconocimientos por el estilo. Eso no me resulta importante, pero son cosas que suelen mencionarse en las biografías.

No vivo de la literatura. Eso me facilita escribir y publicar con una enorme libertad, sin ningún tipo de condicionamiento.

Ahora sí, los datos concretos. Nací en Palermo, Buenos Aires. Crecí en el conurbano, en San Andrés, mi barrio. Allí fui parte del Colegio Agustiniano, del Club Tres de Febrero (donde me recibí de Guardavidas), de la Biblioteca Diego Pombo y de la agrupación Vecinos de San Andrés. Más tarde me recibí de Ingeniero en Informática (UBA). En paralelo, aprobé el primer año de Ciencias Políticas (UBA). Ya recibido, fundé dos pequeñas empresas junto a mi amigo Mariano, en las que trabajo hasta el día de hoy: Glidea y Drupal Soul. Durante los últimos años, pude hacer muchos viajes en Latinoamérica, Europa, Asia y Norteamérica. Y también estuve aprendiendo a bailar tango.

Por último, lo más importante: estoy muy feliz de escribir, publicar y compartir este libro con ustedes.

## **Licencia de Cultura Libre**

Algo destacable de esta edición es que se publica bajo una Licencia Creative Commons muy abierta que califica como «Licencia de Cultura Libre». Esto significa que, bajo los términos de esa licencia, por ejemplo, este libro puede ser fotocopiado o editado libremente, inclusive con propósitos comerciales.

*Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución - CompartirIgual 4.0 Internacional. ¡Esta es una Licencia de Cultura Libre!*

## **Burocracia**

Uno de los aspectos positivos de la auto-publicación es que puede darse a la burocracia el lugar que se merece: el peor de todos. Que no es el final, sino justo antes.

# Índice

Libro a la gorra

Introducción

*Maldad imperceptible 2.0*

*Viene brava la mano*

*Ingrati*

*Rimas para afrontar un rechazo*

*Estudio ingeneril sobre los ingenieros*

*El verdadero tango*

*Primer encuentro con la fama*

*Duelo de venganzas*

*De hombres y piedras\**

Por fin, el fin

**Si ya terminaste de leer el libro, por favor pasalo. Yo me comprometo a seguir imprimiendo ejemplares hasta El Último Día, todos los que pueda, para que alguno de ellos vuelva a llegarte.**

# Notes

[←1 ]

Podés leer este relato gracias a Febo, quien *acompañándolo* contribuyó a financiar la impresión de este libro. Si querés acompañar un relato de mis próximos libros, buscá más información al final, en la sección *Cómo colaborar*.

[←2 ]

. El programa era un tipo de contratación cuasi laboral de la Municipalidad que, al estar superpoblada de empleados y no tener presupuesto para designar más personal (que no era necesario), incorporaba trabajadores en carácter de “Programas Laborales”. Una categoría absolutamente precaria de trabajador que no tenía ningún beneficio laboral y por la cual debía cumplir tres horas por día y recibía no un salario sino un subsidio que era una verdadera miseria. Por lo general, estos “Programas Laborales” aparecían en épocas preelectorales.

[←3 ]

. Efectivamente, la ordenanza (que es como una ley local del municipio) establecía que, en caso de fallecimiento de un empleado municipal, el lugar que dejaba vacante podía ser ocupado por un familiar del difunto, algo que era bien visto por los empleados municipales pero que era muy difícil de defender desde la lógica y el sentido común; una medida que, junto a otras, explicaba la superpoblación de empleados públicos que había en el municipio, problema que ninguna autoridad había podido solucionar.

[ ←4 ]

. En “El mito de Sísifo”, Camus volvía sobre la fábula griega que relata cómo el personaje Sísifo había sido condenado por los Dioses a empujar una gran roca colina arriba y cuando llegaba a la cima de la colina, la roca caía y Sísifo debía volver a subirla... así por toda la Eternidad. Haciendo un parangón respecto al sinsentido de la vida humana, Camus termina dándole un sentido un poco más esperanzador a la fábula.